

EL LINCHAMIENTO DEL OBISPO JORGE Y LA VIOLENCIA RELIGIOSA TARDORROMANA

José Ramón Aja Sánchez
Universidad de Cantabria

SUMMARY

This article describes the events which took place during the fourth century in Alexandria when the bishop George and his two civil servants were murdered by a rioting mob. The unpopular activities of the bishop towards the orthodox Christians and the pagans are considered the principal cause of the outbreak of the disturbances. The religious controversies of the fourth century, the internal conflicts amongst the Christians and the popular rebellions in the background for the events which took place. The influence of these conflicts on the population and on the cities are considered as the products of a new reality: the presence of Christianity as a *religio licita* in the religious and civil scene during the Lower Empire.

Mediado ya el siglo IV, en una de las sedes episcopales más importantes del Imperio y gran centro religioso del mundo tardío, Alejandría, tuvo lugar un tumulto en el que el obispo de la ciudad, Jorge, y dos funcionarios civiles, Draconcio y Diodoro, fueron asesinados por una turba de gente enfurecida. El suceso tuvo la gravedad suficiente como para que diferentes cronistas antiguos (cristianos y paganos) se ocuparan del mismo en sus respectivas obras, y a través de ellas nos ha quedado constancia de lo que ocurrió en aquella ocasión en esta ciudad de historia casi milenaria por aquel entonces.

Nuestro objetivo al elegir estudiar este suceso no es sólo el análisis histórico de uno de los tumultos más graves y de más repercusión que conoció el siglo IV, sino también, y sobre todo, señalar el contexto de violencia popular en el que éste se insertó. Nunca antes la Antigüedad grecorromana había conocido una violencia como ésta que tuviera un componente religioso tan grande, pues ciertamente tampoco antes la religión había sido motivo de una violencia tan fuerte. Ciertamente, esta clase de violencia tuvo unas causas que a nuestro juicio pueden delimitarse bien y que, desde luego, forman parte de un fenómeno mucho más general que es el de las protestas populares

en la historia⁽¹⁾. Exponer los motivos que causaron este tumulto significará acercarnos a las causas que provocaron esa violencia, siendo ésta una vía de análisis de la que poseemos pocos pero importantes precedentes⁽²⁾.

Para ello será necesario en primer lugar analizar con cierto detalle los principales elementos que compusieron este tumulto (I), es decir, (a) sus hechos y sus fuentes, (b) su terminología, (c) su escenario y cronología, (d) sus protagonistas, y (e) la reacción de las autoridades y sus consecuencias. Y en segundo lugar, será necesario analizar las causas del tumulto (II), que como hemos dicho, se inscriben en el transfondo general de la violencia religiosa tardorromana. Ello nos llevará a considerar al menos dos cuestiones: (a) los antagonismos religiosos en la vida ciudadana del Bajo Imperio, y (b) la influencia de los conflictos internos del cristianismo sobre el pueblo, sobre las ciudades.

Ambas cuestiones, como vamos a ver, convergieron en el suceso que hemos elegido, y en ello reside gran parte de su interés e importancia. Por lo demás, ambas cuestiones fueron producto de una realidad nueva: la aparición del cristianismo como *religio licita* en el escenario religioso y civil del Bajo Imperio, lo cual fue sin duda el factor original que alimentó la violencia popular religiosa en esta etapa, su verdadera y más profunda causa, y en consecuencia, la causa última de la violenta muerte del obispo Jorge.

I. EL TUMULTO

a. Los hechos y las fuentes

Los relatos más valiosos que nos explican y describen lo ocurrido los encontramos en la historia que compuso el autor pagano Amiano Marcelino y en las dos *histo-*

(1) Para la época tardorromana, cf. H.P. KOHNS, *Versorgungskrisen und Hunget-revolten im Spätantiken Rom*, Bonn, 1961, y A. KNEPPE, *Untersuchungen zur städtischen Plebs des 4. Jahrhunderts n. Chr.*, Bonn, 1979. Ambos se centran solo en el caso de la ciudad de Roma. Un planteamiento más global en R. MACMULEN, *Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest, and Alienation in the Empire*. Cambridge (Mass.), 1967, cap. V y "Apéndice-A", y del mismo autor *Christianizing the Roman Empire (A.D. 100-400)*, New Haven & London, 1984, cap. X principalmente; igualmente J. ARCE, "Opresión económica, protesta, descontento y crisis en Ammiano Marcelino (353-378)", *Rev. Univ. de Madrid* 78, 1971, pp. 145-68, y también nuestra Tesis Doctoral, J.R. AJA SANCHEZ, *Naturaleza e importancia del tumulto urbano en el período de la dinastía de Constantino*, Madrid, 1986 (microfichas). Deben señalarse también los análisis de dos tumultos concretos realizados por R. BROWNING, "The Riot of A.D. 387 in Antioch: the Role of Theatrical Claques in the Later Roman Empire", *IRS* 42, 1952, pp. 13-20; y J. ROUGE, "Une émeute á Rome au IV siècle: Ammien Marcellin, XXVII.3.3-4: Essai d'interprétation", *REA* 63, 1961, pp. 59-77. Para las etapas precedentes cf. entre otros F.J. GOMEZ ESPELOSIN, *Rebeliones y conflictos internos en las ciudades del mundo helenístico*, Zaragoza, 1985; A.W. LINTOTT, *Violence, civil strife and Revolution in the Classical City, 750-350 B.C.*, London, 1982; Z. YAVETZ, *Plebs and Princes*, New Brunswick, 1988; C. VIRLOUVET, *Famines et émeutes á Rome des origines de la République á la mort de Neron*, Roma, 1985; P.J.J. VANDERBROECK, *Popular Leadership and Collective Behavior in the Late Roman Republic (ca. 80-50 B.C.)*, Amsterdam, 1987; C.R. WHITTAKER, "The Revolt of Papirius Dionysius, A.D. 190", *Historia* 13, 1964, pp. 348-69; Th. PEKARY, "Seditio. Unruhen und Revolten im römischen Reich von Augustus bis Commodus", *AncSoc* 18, 1987, pp. 133-50.

(2) Por ejemplo, el análisis que hicieron Rouge y Browning de dos tumultos tardorromanos (el sufrido por el prefecto urbano Símmaco Fosforio en Roma entre los años 365-7, y el ocurrido en Antioquía en el año 387 contra las estatuas de Teodosio), les hizo estudiar, al primero diversas cuestiones de la civilización romana del siglo IV (ROUGE, "art. cit.", p. 63), como las relacionadas con la administración urbana de

rias eclesiásticas escritas en el siglo V por Sócrates y Sozomeno⁽³⁾. Pero también se pueden encontrar datos y referencias, de diverso valor e interés, en otro grupo de fuentes como son la llamada *Historia acephala* —quizá la más interesante de todas—, compuesta en la segunda mitad del siglo IV⁽⁴⁾; en la correspondencia del emperador Juliano⁽⁵⁾; en la *historia eclesiástica* del arriano Filostorgio⁽⁶⁾, publicada entre los años 425 a 433; en el compendio de herejías del teólogo Epifanio, *Haereses*⁽⁷⁾, terminada hacia el año 377; y en la denominada *Crónica de Alejandría*⁽⁸⁾, ad ann. 362, publicada en el siglo VII.

La historiografía moderna, haciéndose eco de la entidad que tuvo este suceso, se ha preocupado siempre de aludir al mismo como un episodio ilustrativo de la clase de conflictos por los que el cristianismo y la propia Iglesia atravesaban en el siglo IV, si bien desde perspectivas distintas y concediéndole cada autor un grado de importancia variable. Así, mientras que las biografías compuestas por Allard y Bidez sobre el emperador Juliano resaltaron suficientemente este episodio⁽⁹⁾. Otras obras más recientes no lo han hecho en tan gran medida, sin duda debido a la distinta trascendencia que ca-

Roma, la influencia de la aristocracia en la solución de los problemas cotidianos, e incluso la onomástica de la insigne y famosa familia del prefecto; por su parte, Browning ("art. cit.", pp. 13-20) llamó por vez primera la atención sobre el importante papel político que el mundo lúdico —y en concreto las "claquees"— tuvo en la segunda mitad del siglo IV, antes de que se manifestara abrumadoramente en la época bizantina.

(3) Cf. Am. Marc., XXII.11; Sóc., III.2; Soz., V.7.

(4) Es la *Historia Athanasii* (PG 26. 1443-1450), conocida generalmente con el nombre de *Historia acephala* por encontrarse mutilada. Se trata de la traducción parcial de una crónica alejandrina compuesta hacia el 367/8 o 385 (cf. B. ALTANER, *Patrología*, p. 240 y n. 284). Cubre el período que va del año 346 hasta el 373. De todos los documentos cronográficos, éste parece haber sido el más interesante, consultado entre otros autores por Sozomeno y quizá también por Amiano. No sólo es una fuente esencial para el estudio de la vida de Atanasio, sino que también es un documento muy importante para conocer los hechos ocurridos en Alejandría durante el reinado de Juliano, ya que parece contener documentación oficial procedente de allí. Para P. ALLARD (*Julien l'Apostat*, 3 vols., Roma, 1972, II.278 n. 3) es el documento más seguro para los asuntos de Egipto en este período, por encima de la obra de Amiano. Sobre todos estos aspectos cf. también J. QUASTEN, *Patrología II: "La edad de oro de la literatura patristica griega"*, Madrid, 1977, pp. 23-5.

(5) La Ep., 60, conservada en Sóc., III.3.

(6) Como es sabido, Filostorgio publicó en Constantinopla una *Hist. Ecles.* entre los años 425-433 que se nos ha conservado gracias a un *epítome* que publicara Focio. La obra era una tardía apología del arrianismo más extremista, y entre sus fuentes se encuentran documentos de origen arriano. Por todo ello es un documento muy parcial, enormemente subjetivo y a veces muy inexacto, no constituyendo por tanto una fuente segura y sirviéndonos tan solo como contraste de la versión ortodoxa (sobre todo ello cf. QUASTEN, *op. cit.*, 590-2, y ALLARD, *op. cit.*, III.391). Por lo demás, H.M.G. WATKIN, *Studies of Arianism*, Cambridge, 1900, 216-18, hizo observar que Filostorgio usó una fuente también utilizada por la *Crónica de Alejandría* (véase *infra* n. 8), esto es, una historia anónima arriana del s. IV.

(7) El *Panarion*, citado comunmente *Haereses*, es el más importante escrito de Epifanio, autor cristiano muy comprometido ya que fue fundador de un monasterio —al que gobernó durante 30 años— y también obispo de Constancia (Salamina). Su obra, compuesta entre los años 374-377, incluye 80 herejías de las sectas filosóficas paganas, pretendiendo con ello "curar con apropiado antídoto a aquéllos que hayan sido mordidos por las serpientes venenosas", es decir, por los herejes (cf. ALTANER, *op. cit.*, pp. 292-5, y también QUASTEN, *op. cit.*, pp. 427-33). Con semejante objetivo y lenguaje, ya se comprende que la obra sea una fuente muy parcial, y además es muy imprecisa y prolíja; no aporta ningún dato o información que no supiéramos por las otras fuentes del suceso.

(8) Se trata de una extensa obra de carácter histórico-cronológico, probablemente compuesta en Constantinopla (PG 92), pero sin embargo contiene partes mucho más antiguas de origen oficial, arriano y católico. Pese a sus defectos, ofrece alguna interesante información sobre la política antirristiana de Juliano.

(9) Cf. ALLARD, *op. cit.*, II.257-86; J. BIDEZ, *La Vie de l'Empereur Julien*, Paris, 1965, pp. 233-5.

da autor ha concedido a este episodio de violencia y al contexto histórico en el que lo ha situado⁽¹⁰⁾.

Sepamos ya en primer lugar cuáles fueron los hechos que acontecieron en la ciudad egipcia tal y como los relataron los cronistas antiguos anteriormente citados.

Los hechos que configuraron este episodio arrancan al menos del año 356, cuando la sede episcopal de Alejandría quedó vacante debido al exilio al que se vio abocado su titular, el obispo Atanasio. En Febrero del año siguiente fue elegido para ocupar el puesto un arriano oriundo de Capadocia: el obispo Jorge⁽¹¹⁾. Todas las fuentes, en mayor o menor grado, coinciden en señalar que este personaje se atrajo desde el principio las iras de todos, cristianos, paganos, el pueblo en general de Alejandría⁽¹²⁾, y ello tanto por el talante que mostró como máxima autoridad eclesiástica en la ciudad como por sus propios actos, a lo que parece, verdaderamente lesivos para todos.

Los motivos concretos de semejante impopularidad parece que fueron muchos y variados; para los cristianos ortodoxos –seguidores de las recomendaciones de Nicea– el nuevo obispo arriano era claramente un usurpador, y su elección había causado la huida y exilio de numerosos prelados⁽¹³⁾; se decía además que dirigía la Iglesia de Alejandría más como un tirano que como un verdadero obispo, y todo ello hizo, en definitiva, que la población acabara por expulsarle de la ciudad en Octubre del año 358⁽¹⁴⁾.

Por su parte, los paganos no salieron mejor librados del trato que les dispensó el nuevo obispo. Como fiel seguidor de Constancio, hizo aplicar con todo rigor y severidad las leyes de éste que prohibían los sacrificios⁽¹⁵⁾, con las cuales intentaba restringir las prácticas religiosas paganas. En esta tarea el obispo tuvo a su disposición un celoso

(10) P.e., A. SELEM, "Considerazioni circa Ammiano ed il cristianesimo", *Rivista di Cultura Classica e Medioevale* 6, 1964, pp. 254-6; G.W.BOWERSOCK, *Julian the Apostate*, Bristol, 1978; pp. 80-1; W.H.C.FREND, *The Rise of Christianity*, Filadelfia, 1984, pp. 537-8 y 595; E.D. HUNT "Christians and Christianity in Ammianus Marcellinus", *CQ* 35 (Classical Quarterly), 1985, pp. 186-200; recientemente J. MATTHEWS, *The Roman Empire of Ammianus*, Baltimore, 1989, pp. 442-4.

(11) Am. Marc., XXII.11.4: "Is in fullonio natus (ut ferebatur), apud Epiphaniam Ciliciae oppidum, auctusque in damnna complurium, contra utilitatem suam reique communis, episcopus Alexandriae est ordinatus". La más completa descripción del tumulto sigue siendo la de ALLARD, *op. cit.*, II.275-86; ahora también MATTHEWS, *op. cit.*, pp. 442-4. Sobre los sucesivos exilios del obispo Atanasio, véase más adelante en el propio texto.

(12) Am. Marc., XXII.11.5 y *Epif., Haer.*, 77, le consideran un delator del emperador Constancio; un cristiano ortodoxo como Gregorio Nacianzeno le llama "monstruo" capadocio (*Or.*, XXI. 16: τέρας τι καππαδόκιον). Obviamente, tiene menos valor el juicio que de él expresa Juliano (*Ep.*, 60). Sozomeno y Sócrates no contradicen esta opinión general.

(13) Cf. Atanasio, *Apologia ad Constantium*, 32.

(14) Recordemos al respecto lo que decía Amiano Marcelino en XXII.11.5 respecto a que Jorge "había olvidado el verdadero espíritu de su función, que no aconseja sino moderación". En efecto, al parecer, los motivos de la acción de la comunidad alejandrina contra Jorge en octubre del 358 estuvieron sobre todo en las presuntas actividades especuladoras del obispo (sobre productos tales como la sal, el papiro, el aceite, así como la organización de un monopolio de pompas fúnebres en la ciudad). Sobre las circunstancias de la expulsión del obispo, véase *Hist. aceph.*, 5; *Atan., Apol. de fuga*, 24, e *Hist. Arian. ad mon.*, 48; *Soz.*, IV.10.

(15) Es decir, la ley de finales del 341 (*C.Th.*, XVI.10.2) que renovaba la prohibición de los sacrificios paganos y dejaba sin protección a los templos; también la ley del 1 noviembre del 342 (*C.Th.*, XVI.10.3) que ratificaba la anterior; la del 23 de noviembre del 353 (*C.Th.*, XVI.10.5) que prohibía los sacrificios nocturnos; la del 19 de febrerodel 356 (*C.Th.*, XVI.10.6), firmada por el que era entonces César Juliano, que establecía la pena de muerte para cualquier acto de culto en los templos paganos; en fin, la ley del 1 de diciembre del 356 (*C.Th.*, XVI.10.4) que ratificaba la anterior.

servidor, Artemio, *dux Aegypti*, el cual a su vez se había atrevido en cierta ocasión a profanar el recinto sagrado del *Serapeion* alejandrino⁽¹⁶⁾. Aunque no había leyes en este sentido, el obispo no parece que perdiera incluso la esperanza de ver cerrados y destruidos todos los templos paganos de la ciudad, y así es como Amiano Marcelino (XXII.11.7) nos cuenta que en cierta ocasión, pasando el obispo con todo su cortejo por delante de un magnífico templo dedicado al *Genius* ("*per speciosum genii templum*"), y dirigiéndose al edificio con la mirada, se le oyó decir públicamente: "*¿hasta cuándo habremos de ver este sepulcro?*"⁽¹⁷⁾. Por último, con su actitud, llevó a cabo la peor de las ofensas: ostentosa e irreverentemente, había iniciado las obras necesarias para transformar en iglesia un antiguo Mitreo que Constancio había donado a los obispos arrianos para el pueblo alejandrino, y que al parecer se encontraba por aquel entonces abandonado; mofándose de los objetos de culto que allí se encontraron, exponiéndolos a la vista de todos, colmó la cólera y exasperación de la comunidad pagana de la ciudad, produciéndose ya entonces algunos enfrentamientos violentos⁽¹⁸⁾.

- (16) En el año 360 este personaje está en posesión del cargo, y efectivamente, se le imputa un saqueo sufrido por el *Serapeion* (cf. Jul., *Ep.*, 60; Teod., III.18.1). Bajo el mandato de Juliano es sustituido en el cargo por el tío del emperador (Jul., *Ep.*, 10), y llevado ante un tribunal donde es juzgado y condenado a muerte (cf. Am. Marc., XXII.11.2; Teod., *HE*, III.18.1), pero no antes de la muerte de Jorge como asegura erróneamente Am. Marc., XXII.11.3 y 8, sino después, durante el reinado de Juliano; su muerte habría de ser considerada más tarde por los arrianos como un martirio (cf. A.H.M. JONES-J.R. MARTIN DALE-J. MORRIS, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, I, Cambridge, 1975, p. 112, "ARTEMIUS 2"; J. DUMMER, "Fl.Artemius dux Aegypti", *ArPap* 21, 1971, pp. 121-44. S.N.C. LIEU *The Emperor Julian. Panegiric and Polemic*. Oxford, 1989, pp. 81-86, que analiza el valor de la *Artemii passio*. MATTHEWS, *op. cit.*, p. 109, cree también que es falsa la pretendida relación entre la muerte de Artemio y la de Jorge).
- (17) F. THELAMON (*Païens et Chrétiens au IVe siècle. L'apport de "l'Histoire ecclésiastique" de Rufin d'Aquilée*, Paris, 1981, pp.246-50) sostiene que el templo en cuestión era el *Serapeion*, que puede ser identificado sin problemas con el templo del *Agathos Daimon* al que se refiere A. BERNARD, *Le delta égyptien d'après les textes grecs*, I, El Cairo, 1970, pp. 89-91, lo que al parecer está atestado por la numismática y los bajo-relieves (cf. p.e. F. DUNAND, "Les représentations de l'Agathos démon", *BIFAO* 67, 1969, pp. 9-47). Para THELAMON (*op. cit.*, p. 249) el furor de Jorge se centró sobre el templo de Serapis, pues era el más grande, suntuoso y característico de la ciudad. No obstante, véase n. siguiente. Am. Marc., XXII.16.7-14, afirma sobre el *Serapeion* alejandrino que solo el Capitolio lo aventajaba en grandeza y belleza, afirmación que el autor de la *Expositio totius mundi et gentium* llevó aún más lejos, pues aseguraba que este templo era la más grande maravilla, no superada por ningún otro edificio.
- (18) Cf. Sóc., III.2; Soz., V.7. En efecto, ambos autores hablan de un Mitreo (Σοζ.Πρός δέ τούτοις καί τοιόνδε τότε συνέβη περί τό καλοῦμενον παρ'αὐτοῖς Μίθριον .Σόκ.: " Ἐν ὧ οἱ Ἕλληνες τό παλαιόν τῷ Μιθρα τελετάς ποιούντες ἀνθρώπου καταθεοῦν ."). En él se encontraron objetos más o menos raros cuando Jorge inició las obras, objetos que al parecer fueron expuestos pública e impríamente (Soz.: " Ἐν ᾧ ξόανα μέν ἴσως καί ὄργανα τίνα εὐρέθη τῶν ἐνθάδε τότε μούσων ἢ τελομένων, ἅ τοῖς ὄρασι γέλοια τε καί ξένα εἰδοίκεν ."); según Sócrates, incluso se expusieron restos de sacrificios humanos (" κρανία ἀνθρώπων πολλά, νέων τε καί παλαιῶν ."), todo lo cual, en definitiva, provocó ya enfrentamientos entre cristianos y paganos por la ofensa de que eran víctimas éstos (Σόκ.: " ταῦτα ὄρωντες οἱ κατά Ἀλεξάνδρειαν Ἕλληνες, καί μή φέροντες τό τοῦ πράγματος ἔπρονειδιστον, εἰς ὀργήν ἐξάπτονται καί πάν τό παρατοχόν ὄπλον ποιούμενοι, ὥρμησαν κατά τῶν Χριστιανῶν, καί διά πάσης ἐπιβουλῆς ἀνεῖλον πολλούς ἐξ αὐτῶν ."). Más tarde, Rufino, HE, II. 22, se habrá de referir a este edificio con el término basílica, lo que resulta bastante improbable para THELAMON, *op. cit.*, p. 248, debido a las características intrínsecas e incompatibles entre un mitreo y una basílica, y por las aseveraciones que hacen Jul., *Ep.*, 60; Am. Marc., XXII.11.7; Sóc., III.2 y Soz., V.7, respecto a que aquello era el *Serapeion*. Con todo, creemos con BIDEZ (*op. cit.*, p. 234) y ALLARD (*op. cit.*, II.277) que se trataba de dos edificios distintos puestos en relación con la figura de Jorge en dos momentos diferentes: en uno, se trataba del *Serapeion* (Am. Marc., XXII.11.7), y en otro, el mitreo (Sócrates y Sozomeno); cierta-

Así pues, todo ello hizo que la persona de Jorge fuera enormemente impopular entre la mayor parte de los alejandrinos, paganos y cristianos, y que éstos vieran con profundo malestar y mucha cólera –como habría de verse pronto– la vuelta del obispo arriano a su sede el 26 de Noviembre del año 361⁽¹⁹⁾. Como hace observar Allard, no pudo Jorge escoger peor momento para regresar a Alejandría, pues, efectivamente, cuatro días después Gerontio, el prefecto de Egipto, comunicaba la muerte del emperador arriano (y protector del obispo), y anunciaba la investidura de Juliano como nuevo emperador⁽²⁰⁾. Como si tales noticias hubiesen sido una señal convenida, el 24 de diciembre del 361 la población de Alejandría se sublevó contra el obispo, lanzando gritos y exclamaciones amenazadoras⁽²¹⁾. Si bien en un primer momento la muchedumbre se contentó con llevarlo a prisión, al día siguiente, por la mañana, Jorge sufrió una muerte cruel a manos de la turba: después de ser maltratado de diversas maneras, terminaron tirándole de los pies en direcciones opuestas (*"raptumque diversis mulcandi generibus proterens et conculcans, divaricatis pedibus, interfecit"*, dice expresivamente Amiano, XXII.11.8). Junto con él, otros dos personajes corrieron la misma suerte, *"Dracontius monetae praepositus et Diodorus quidam, veluti comes"*, el primero a causa de que había destruido un altar de sacrificios que se encontraba cercano al lugar donde él mismo había encargado construir la ceca de la ciudad, y el segundo porque en cierta ocasión, encontrándose presidiendo la construcción de una iglesia, había hecho rapar las cabezas de numerosos chiquillos, argüyendo que las melenas eran indicio de paganismo⁽²²⁾.

Cumplida la matanza, los cadáveres fueron llevados por toda la ciudad (*"Et occiderunt ambos et eorum corpora circumduxerunt per mediam civitatem"*, *Hist. aceph.*, 8) hasta la orilla del mar: el del obispo a lomos de un camello, el de Draconcio arrastrado con cuerdas⁽²³⁾; allí los cadáveres fueron quemados y las cenizas esparcidas en el mar, con la intención –nos dice Amiano, XXII.11.10– de que no pudieran ser veneradas sus reliquias ni se les pudiera erigir lugares de culto sobre sus tumbas: *"Id metuens ut clamabat (multitudo), ne collectis supremis, aedes illis exstruerentur ut reliquis, qui deviare a religione compulsi, pertulere cruciabiles poenas, ad usque gloriosam mortem intemerata fide progressi, et nunc martyres appellantur"*⁽²⁴⁾.

mente, no encontramos nada en la *Ep.* 60 de Juliano que sugiera que el emperador se estaba refiriendo al templo de Serapis, sólo cuando se refiere a la profanación que realizara Artemio.

(19) *Hist. aceph.*, 6.

(20) *Hist. aceph.*, 8: *"III die mensis eiusdem (cyaci) prf. Gerontius nuntiavit mortem Constantii imperatoris et quod solus Julianus tenuit univrsium imperium"*.

(21) Recordemos que las fuentes de más valor para el tumulto son Am.Marc., XXII.11; Sóc., III.2 y 3; Soz., V.7: *Hist. aceph.*, 8.

(22) Cf. Am. Marc., XXII.11.9: *"Ille (Dracontius) quod aram in moneta quam regebat, recens locatam evertit; alter (Diodorus) quod dum aedificandae praeeset ecclesiae, cirros puerorum licentius detondebat, id quoque ad deorum cultum existimans pertinere"*. Sócrates y Sozomeno no los nombran para nada; la *Hist. aceph.*, 8, solo nombra a Draconcio.

(23) Am. Marc., XXII.11.10, habla de que ambos cadáveres fueron llevados en camello, mientras que la *Hist. aceph.* asegura que *"Georgii quidem super camelum, Dracontii vero homines funibus trahentes"*.

(24) Efectivamente, tal era el objetivo de esta práctica, como atestiguan también Eusebio, *IIE*, VIII.7 (a propósito de la persecución de Diocleciano), Lactancio, *De mort. persec.*, XXI.11, y Soz., V.9, a propósito esta vez de un tumulto suscitado en Gaza a mitad del s. IV; aquí los restos de dos cristianos linchados intentaron ser también esparcidos en un basurero, pero al parecer sin éxito, ya que una mujer los recuperó y se convirtieron en objetos de veneración, justo lo que deseaban evitar los paganos.

Como ya hiciera observar Bidez⁽²⁵⁾, el linchamiento tuvo lugar el día de la gran fiesta solar del *Natalis Invicti*, como si tal fecha hubiera sido una señal y un símbolo para la sublevación pagana. No obstante, como hemos visto hasta aquí y habremos de ver también algo más adelante, la comunidad pagana de Alejandría no fue la única que tuvo motivos para participar directamente en el tumulto, o la única responsable e instigadora del mismo, y ciertamente, a finales del mes siguiente, en enero del 362, el recién investido emperador se dirigió mediante una carta a todos los habitantes de la ciudad (" Ἀὐτοκράτωρ Καῖσαρ Ἰουλιανὸς Μέγιστος Σεβαστὸς Ἀλεξανδρέων τῷ δήμῳ ") a propósito de los sucesos allí ocurridos⁽²⁶⁾, los cuales, en apariencia, le habían indignado y avergonzado grandemente. Al menos éste pretende ser el tono de la epístola enviada a la ciudad para que se hiciera pública, aunque la misma ya dejaba entrever el trato y la política que habría de seguir Juliano en el futuro para con los cristianos, aspecto que habremos de comentar más abajo.

Para terminar de exponer los hechos, digamos que es muy significativo que el 4 de febrero, esto es, unos días después de publicada la carta y apenas un mes de ocurrida la revuelta, Juliano promulgará sus disposiciones respecto a la reapertura de los templos y la devolución a los mismos de los bienes anteriormente confiscados, como si esto fuera una confirmación oficial de la clemencia ejercida sobre la población de Alejandría. Efectivamente, salvo la epístola del propio emperador, no tenemos noticias de que las autoridades —durante o después del tumulto— hubieran reaccionado de acuerdo a la gravedad del episodio. Quedó así sin castigo, no ya la muerte del obispo, sino también la de los dos funcionarios⁽²⁷⁾.

Hasta aquí, pues, la descripción de los hechos principales que conformaron el tumulto tal y como las fuentes se refirieron a él. Ciertamente, éstas poseen un valor documental diferente, pero no discrepan en lo esencial, esto es, en el hecho de haber resaltado suficientemente la clase de muerte que padeció Jorge. Sin embargo, el carácter heterogéneo de los cronistas, sus diferentes intereses para ocuparse de este suceso de violencia, sus respectivas ideologías y credos religiosos, la época en la que cada cual ha escrito y las fuentes que han utilizado, fueron factores que hicieron que discreparan sobre algunos aspectos y circunstancias de la revuelta.

Efectivamente. Amiano Marcelino y Juliano nos han transmitido la versión pagana de los hechos: el primero, contemporáneo del suceso, no se mostró extremista en las apreciaciones que aquí hace sobre los cristianos, como por otra parte en él es

(25) Cf. BIDEZ, *op. cit.*, p. 234.

(26) La ya mencionada *Ep.* 60 (en Sóc., III.3).

(27) El edicto sobre la restitución de bienes a los templos fue anunciado en Alejandría el 4 de Febrero (*Hist. aceph.*, 9). El *Serapeion* obtendría ahora los objetos requisados por Jorge o saqueados por Artemio (así lo piensa entre otros BIDEZ, *op. cit.*, p. 235). La clemencia de Juliano con Alejandría contrasta vivamente con la reacción de Teodosio en Tesalónica en el año 390, cuando uno de sus oficiales fue linchado también por la multitud y el emperador ordenó asus soldados realizar una masacre entre la población (cf. Soz., VII.25; Ruf., XI.18; Teod. V.17). El sentido que tuvieron los actos de clemencia de Juliano para con la conducta de diversas ciudades —especialmente con Antioquía— está bien estudiado en M.W. GLEASON. "Festive Satire: Julian's 'Misopogon' and the New Year at Antioch", *JRS* 76, 1986, pp. 106-119, para el cual *el Misopogon* fue precisamente la forma moderada con la que Juliano respondió a los agravios que le había hecho Antioquía.

usual⁽²⁸⁾; aunque proporciona información que es omitida por las otras fuentes, las suyas propias le han dado, como veremos, datos equivocados sobre ciertos aspectos de la revuelta. El valor documental del segundo es sensiblemente inferior, tanto por estar demasiado interesado e implicado en las repercusiones de este acto de violencia —lo que le impide precisamente ser una fuente objetiva—, como por no ofrecer información novedosa sobre el mismo, salvo por el hecho —verdaderamente esencial— de ofrecernos la reacción y postura oficial del poder central, esto es, la suya propia. Por su parte, Sócrates y Sozomeno son las dos fuentes principales que han reflejado la versión cristiana de los hechos acaecidos en Alejandría, narrados de forma casi idéntica por ambos, y cuyo valor documental quizá sólo se vea empañado en parte por su credo ortodoxo y, en algún aspecto —como habremos de ver después—, por hacerse eco de los prejuicios populares acerca de ciertos rituales paganos; como es habitual en él, Sócrates nos ha transmitido literalmente uno de los documentos que utilizó en esta ocasión, esto es, la carta que el emperador envió a los alejandrinos, siendo así por ello su aportación fundamental. A un mismo nivel de importancia se encuentra la *Hist. acephala*, quizá la fuente que da la impresión de haber sido la mejor informada de todas por el detalle con el que describe ciertos aspectos del tumulto, como si su autor hubiera tenido acceso a documentos oficiales de Alejandría, aspectos que en parte coinciden con los aportados por Amiano; ambos dan la impresión de haber utilizado las mismas fuentes⁽²⁹⁾. El valor documental de los relatos de Filostorgio, Epifanio y la *Crónica de Alejandría* se reducen prácticamente al hecho de haber mencionado el suceso, no aportando datos de mayor interés o novedad a los ya ofrecidos por las fuentes anteriormente señaladas: los dos primeros, vivamente empeñados uno en la apología y otro en la diatriba de la doctrina de Arrio, carecen en este caso de algún valor como documentos; por su parte, la *Crónica*, pese a no haber tenido al parecer prejuicios para utilizar cualquier tipo de documentación —de la tendencia religiosa o doctrinal que fuera—, está demasiado alejada de los hechos como para constituir una fuente de información segura, novedosa o interesante.

El resultado de todo ello es que, en definitiva, ninguna de estas fuentes es suficiente por sí misma para poder comprender de forma objetiva y completa lo que ocurrió y por qué ocurrió. Por consiguiente, cada uno de los relatos ha de contrastarse con

(28) Ciertamente, contrasta la opinión moderada del historiador pagano acerca del obispo, con la opinión radical de un autor cristiano (si bien enemigo del arrianismo) y paisano, Gregorio Nacianzeno, que califica a Jorge de "monstruo" (véase *supra* n. 12); el retrato de Jorge en Am. Marc., XXII.11.4 y ss. La actitud de Amiano frente al cristianismo en E.D. HUNT, "Christians and Christianity in Ammianus Marcellinus", *CQ* 35, 1985, pp. 186-200; V. NERI, *Ammiano e il cristianesimo: Religione e Politica nelle 'Res Gestae' di Ammiano Marcellino*, Bologna, 1985; S. D'ELIA, "Ammiano Marcellino e il cristianesimo", *Studi Romani* 10, 1962, pp. 372-90.

(29) Amiano y la *Hist. aceph.* han descrito de forma parecida la conducción de los cadáveres sobre camellos y su posterior incineración; son las únicas que mencionan a Draconcio; la minuciosidad de la *Hist. aceph.* le lleva a su autor a citar el día y las horas en las que han tenido lugar los hechos ("*Et fecit in carcere vel ferro vinculus ex praedicto die cyac IIII usque ad XXVII eiusdem mensis diebus XXIII. Nam XXVIII die eiusdem mensis mane pene...*"). Soz., V.7.189a, se hizo eco de estos detalles: "Ὅχι εἰς μακρὰν δὲ καταδραμόντες ἔωθεν εἰς τὸ δεσμοκτήριον, ἀναίρουσιν αὐτόν· καὶ καμήλων ἐπιθέντες, διημερεύσαντες τε ἐν ταῖς κατ'αὐτοῦ ἵβρεσι, περὶ δέλην ὄψιν πυρὶ παρέδωκαν." No creemos aventurado afirmar que tanto Amiano como Sozomeno (y Sócrates) hayan consultado y manejado la *Hist. aceph.* para narrar este suceso.

los demás para poder obtener una secuencia lo más objetiva y completa posible de los hechos que se suscitaron en Alejandría, pero también para poder obtener su exacto contexto histórico, lógicamente mucho más general que el que pretendieron las fuentes que de él se ocuparon.

b. Definición de los hechos

Pese a lo heterogéneo de las fuentes, nada hay en ellas que contradiga el carácter popular y espontáneo que para nosotros tuvo esta revuelta. Ninguna de ellas revela en ningún momento la acción de facciones o líderes —políticos o religiosos— que estuvieran comprometidos en la misma, como tampoco ninguna señala que la multitud obedeciera a objetivos premeditados y concretos, los cuales hubieran promovido la sublevación.

La parte de la población implicada parece haber actuado por propia iniciativa y a instancias de un impulso primario de protestar por una situación que les creaba un profundo descontento. No encontramos rastros en las fuentes de que tales impulsos fueran canalizados, "instrumentalizados", por grupos o individuos organizados (p.e., cristianos ortodoxos, que serían los que en principio saldrían más beneficiados con la liquidación de un obispo arriano) o que aspiraran a algo más que suprimir aquello que el pueblo consideraba el origen de su descontento —el obispo Jorge— realizando en consecuencia un acto de "justicia natural"⁽³⁰⁾. Así pues, siendo la causa más visible y concreta, a la que todos apuntan, el obispo, no resultó extraño que una vez fuera eliminado éste (y por consiguiente, desapareciera la causa del tumulto) se restableciera el orden y la normalidad en la ciudad.

Por otro lado, la gravedad de los hechos, la muerte brutal que padeció el obispo y, probablemente también, el que los cronistas expresasen sus propias y particulares opiniones sobre ella, hace que éstos hayan utilizado términos y expresiones que aluden más al desenlace sangriento que tuvo el tumulto que al tumulto mismo⁽³¹⁾, caso por ejemplo de Amiano, que califica lo sucedido con los términos *facinus nefandum* y *sce-lus*, ello cuando no se hace eco además de la valoración que darían al suceso los propios cristianos con expresiones tales como *ad crudele supplicium* y *gloriosam mortem*; así mismo, Sozomeno, en su explicación de los hechos, utiliza en una ocasión el término δρᾶμα, el cual alude más a la consecuencia última que tuvo el tumulto que a éste mismo. Sin embargo, cuando se refieren al tumulto propiamente dicho, no dudan en utilizar los términos *seditio στάσις* y *ταραχή*, que son los que mejor resumen las connotaciones que más arriba hemos señalado, y que sin duda reflejan perfectamente

(30) Sobre el carácter espontáneo de los tumultos tardorromanos cf. J.R. AJA SANCHEZ, "Stáseis y seditioes: una definición del tumulto urbano en el Bajo Imperio", *Espacio, Tiempo y Forma* 3, ser. II, 1990 (en prensa). Sobre los mecanismos de desinhibición que experimentan las multitudes en sus movimientos de protesta, cf. entre otros R.A. BERK, *Collective Behavior*, Dubuque, 1976; R.H. TURNER-L.M. KILLIAN, *Collective Behavior*, Englewood Cliffs, 1972; S. TARROW, *Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change during Cycles of Protest*, Ithaca, 1984. La "justicia natural" es la coartada de la multitud contra sus autoridades (cf. C.R. WHITTAKER, "Il povero", en A. Giardina (dir.), *L'Uomo romano*, Roma-Bari, 1989, pp. 329-30, y VIRLOUVET, *op. cit.*, p. 7. Desde una perspectiva más general, cf. J.DELUMEAU, *El miedo en Occidente*, Madrid, 1989, pp. 290-304.

(31) cf. AJA SANCHEZ, "art. cit." n. anterior.

el carácter multitudinario, rebelde, espontáneo y desorganizado que tuvo el suceso⁽³²⁾.

De hecho, esta clase de linchamientos –de los que conocemos más casos en el siglo IV– pertenecen casi siempre a un contexto algo más amplio que es el del tumulto mismo, ya que son el último episodio, el acto con el que la multitud culmina su cólera algunas veces, llevando hasta el extremo su protesta y malestar contra algo o contra alguien⁽³³⁾.

De todo ello se deduciría que fue la acción espontánea de una turba hostil, de una muchedumbre enfurecida, lo que desencadenó la *seditio* y la propia muerte del obispo, ambas producto del profundo descontento que la máxima autoridad eclesiástica había suscitado entre la gran mayoría de la población alejandrina. La iniciativa del tumulto, la responsabilidad directa del mismo, parece haber sido pagana, pero algunos de los testimonios ya vistos delatan también una cierta pero indeterminada complicidad de los ortodoxos cristianos, que sin duda se vieron enormemente favorecidos con la muerte del obispo arriano.

c. Lugar y cronología

Ninguna de las fuentes que se hicieron eco de este tumulto dejó de señalar a Alejandría como el escenario en el que aquélla tuvo lugar, y ciertamente no cabría esperar otra cosa, no sólo por la propia gravedad del suceso sino también por la importancia de la ciudad en la que ocurrió. El emperador Juliano la calificó de ciudad sagrada en la carta que enviara a los alejandrinos (*τὴν ἱερὰν πόλιν* , Ep., 60), siendo no obstante Amiano el único que aludió al conocido y tradicional carácter turbulento y sedicioso de su población (*in civitate quae suoapte motu et ubi causae non suppetunt, seditionibus crebris agitur et turbulentis*, XXII.11.4)⁽³⁴⁾.

(32) Véase, en efecto, el contexto literario en el que son utilizadas todas estas palabras en las propias referencias que las fuentes hicieron del tumulto (*supra* n. 3).

(33) Otros ejemplos de autoridades que fueron linchadas por el pueblo son, en Tesalónica, el caso ya citado en n. 27 *supra*; en Constantinopla, un *magister equitum*, en el 342 (Sóc., II.12; Soz., III.7); en Antioquía, el *consularis Syriae*, en 354 (Am. Marc., XIV.7.2; XV.13.2; Lib., *Or.*, I.96-7 y 103; XIX.47); en Roma los prefectos urbanos vivieron permanentemente sometidos a este temor en el s. IV, e incluso también en Constantinopla (cf. el caso de Modesto en el año 362-3 en Lib., *Ep.*, 1367.3-6). Aparte de Jorge, otros obispos tardorromanos sufrieron intentos de linchamientos (y algunos perecieron en ellos también), p.e., en Aretusa (Soz. V.10; Greg. Nac., *Or.*, IV.88-91), en Emesa (Teod., III.7), en Epifanía (Soz., V.10; Teod., III.7), en Constantinopla (Soz., VIII.9; Greg. Nac., *Or.*, LXXVII.1. Estos casos son una prueba de la evidente debilidad del sistema de policía de las ciudades, incluso de las grandes capitales (véase el contexto general de estos sucesos en AJA SANCHEZ, *op. cit.*, 1986).

(34) Sobre este carácter de la población alejandrina –casi proverbial en el mundo antiguo– poseemos también el testimonio de otro escritor pagano, Libanio, *Or.*, XIX.14, según el cual la población de Alejandría nunca tuvo miramientos a la hora de rebelarse contra sus gobernadores; igualmente, Filóstrato, *Vit. Apol.*, V.26, testimoniaba casi un siglo antes el carácter revoltoso de la población de la ciudad; a mitad del s. IV el autor de la *Expositio totius mundi et gentium*, 37, se hacía eco también de ello asegurándonos que los gobernadores temblaban cuando se hacían cargo del puesto en la ciudad, ya que la población estaba siempre dispuesta a sublevarse cuando aquéllos cometían alguna falta; y en fin, tenemos noticias (cf. *Papiro Michigan*, t. 8, número 477, inventario 5399, l.29-32) de la carta de un soldado de la ciudad, Claudio Terentiano, que en el s. II escribía a su padre comunicándole cómo la guarnición de Alejandría tenía que emplearse a fondo para poder restaurar el orden público en la ciudad. Uno de los motivos más frecuentes de estos disturbios eran las disputas religiosas, dada la mezcla de credos religiosos que había en la ciudad (al respecto, véase n. siguiente), pero también, y con no poca importancia, las carreras de caballos que tenían lugar en el circo; así, una vez más es Filostr., *Vit.*

Alejandro, una de las más grandes y populosas urbes del Bajo Imperio, poseedora de un grande y próspero puerto e importante centro civil de gobierno, fue también un centro religioso de primerísima importancia en el mundo tardorromano, en cuyo solar se albergaron numerosas y variadas religiones: cultos paganos como los de Mitra y Serapis que mencionaron las propias fuentes de esta revuelta; credos cristianos enfrentados como los de Arrio y Atanasio; diversas sectas judías y escuelas filosóficas. Alejandro se convertía así en un crisol espiritual de primera magnitud, en el cual, inevitablemente, las cosas no habrían de transcurrir sin conflictos, sin mutuas incomprensiones y enfrentamientos, dado el diferente auge y popularidad de que disfrutaban algunas de tales creencias, su poder o debilidad, o su respaldo u hostigamiento gubernamental en una u otra época. Para el cristianismo, Alejandro fue, junto con Antioquía y Constantinopla —su gran rival espiritual durante la controversia arriana—, una de las más grandes y preeminentes sedes episcopales tardorromanas, en la que el obispo titular disfrutaba de un poder casi "faraónico" sobre una gran circunscripción eclesiástica, como establecía el *canon 6* de Nicea⁽³⁵⁾. Por lo demás, el poder de esta sede venía en gran parte determinado por la influencia que ejercía sobre una muchedumbre de devotos y sobre los propios monjes egipcios, un poder, además, que en ocasiones no dejaba de ser verdaderamente abusivo⁽³⁶⁾.

Apol., V.26, el que asegura que los alejandrinos, por su pasión a las carreras, llegaban a matarse unos a otros en este recinto, "cosa —dice este autor— que no habrían hecho los troyanos ni en estado de embriaguez". Sobre este pertinaz carácter de la ciudad cf. entre otros A.K. BOWMAN, *Egypt after the Pharaohs*, 332 B.C.-A.D.642, London, 1986, pp. 212 y ss.

(35) Sobre los particularismos de esta sede, cf. G. DAGRON, *Naissance d'une capitale: Constantinople et ses institutions de 350 à 451*, Paris, 1974. El *canon 6* de Nicea estableció desde luego que el obispo de Alejandro tenía autoridad sobre las provincias de Egipto, Libia y Pentápolis, lo cual vendría a ratificar el sínodo de Calcedonia. Esto le lleva a DAGRON (*op. cit.*, p. 416) a preguntarse si ello significaba que el obispo de Alejandro sustituyó a los de esas provincias o más bien sólo era su superior jerárquico.

(36) Para la Alejandro tardorromana véase la descripción de Am. Marc., XXII.16.7-14, y la *Expositio*, 35. A. PIGANIOL, *L'Empire Chrétien*, Paris, 1972, pp. 22 y ss., menciona que en el reinado de Diocleciano Egipto fue dividido en provincias incluidas en la diócesis de *Oriens* y dependientes de Antioquía, situación que no habría de variar hasta el reinado de Valente (véase *infra* n. 62). Alejandro era de hecho, no de derecho, la capital de la diócesis egipcia, como hace observar A.H.M.JONES, *The Later Roman Empire*, 2 vols., Oxford, 1973, pp. 47 y 141. Se estima que la población de Alejandro alcanzaría las 500.000 o 600.000 personas en el s. V, mientras que para épocas anteriores, el número de habitantes no rebasaría los 400.000 (una discusión esclarecedora sobre la cuestión en P.M. FRAZER, "A Syriac Notitia Urbis Alexandrinae", *JEA* 37, 1951, pp. 103-7; JONES, *LRE*, pp. 698 y 1040; J.B. BURY, *History of the Later Roman Empire*, I, 215-6 y n. 1; cf. igualmente D. DELIA, *Roman Alexandria. Studies in its social history*, diss. Columbia Univ., New York, 1983, microfilm); ID., "The Population of Roman Alexandria", *Transactions of the American Pihological Association*, 118, 1988, pp. 275-292, con abundante bibliografía. Una aproximación a los cultos paganos de Alejandro en la época tardía en PIGANIOL, *op. cit.*, pp. 23 y 259; cf. también A. ALFÖLDY, "Die Alexandrinischen Götter und die Vota publica am Jahresbeginn", *Jahrbuch f. Ant. v. Christ.* VIII-IX, 1965-66, p. 53. Ciertamente, tanto el culto de Mitra como el de Serapis debieron conservar buena parte de su importancia en la ciudad a lo largo de todo el s. IV, a juzgar por las propias referencias que a ellos hacen las fuentes de este tumulto y más tarde durante la sublevación pagana del 391 que acabó con la destrucción del *Serapeion*. Respecto a la comunidad judía de Alejandro, véase más adelante n. 54.

Por su parte, PIGANIOL, *op. cit.*, p. 23, señala que Egipto era para Eusebio el país cristiano por excelencia. Los orígenes del cristianismo en la ciudad son oscuros y al parecer bastante tardíos, quizá no anteriores a la mitad del s. II (cf. M. SIMON-A.BENOIT, *El judaísmo y el cristianismo antiguo*, Barcelona, 1972, p.55), pero en época tardorromana será uno de los mayores centros cristianos, de los más prestigiosos gracias a las escuelas teológicas allí establecidas desde fines del s. II con Clemente y Orígenes (sobre el tema, véanse las múltiples referencias al mismo en *ALEXANDRINA. Hellenisme, judaïsme et christianisme à Alexandrie*, "Mélanges offerts à Claude Mondésert", Paris, 1987. Por últi-

No obstante, pese a conocer bien la entidad religiosa de la ciudad, apenas sabemos nada del lugar o lugares donde transcurrió el tumulto; tan sólo la alusión a la cárcel, de donde será sacado el obispo para matarlo, y la mención de la *Hist. acephala*. 8, acerca de que los cadáveres fueron conducidos por toda la ciudad hasta la orilla del mar, permiten al lector, como se ve, alguna pero incierta precisión espacial, nada que aluda al lugar concreto de la ciudad donde se desarrollaron los hechos. Pero la minuciosidad con la que el cronista de la *acephala* ha descrito algunos aspectos, hace que una vez más sea ésta la fuente para determinar otra clase de circunstancias que parecen haber omitido las demás, por ejemplo, la duración del tumulto. Efectivamente, de su narración podemos deducir que transcurrieron más de seis o siete horas desde que el obispo fuera sacado de la cárcel, al despuntar la mañana (*mane pene omnis populus illius civitatis produxit de carcere Georgium*)⁽³⁷⁾, hasta que su cuerpo fue incinerado en la orilla del mar junto con el de Draconcio, ya pasado el mediodía (*et sic injuriis adfectos circa horam VII diei utriusque corpora combusserunt*). No obstante, como dijimos anteriormente, la revuelta había comenzado el día anterior, cuando la muchedumbre se apoderó de Jorge y lo metió preso en la cárcel, acto al que hay que suponer provisto de violencia, aunque las fuentes no nos hayan dejado más detalles acerca del mismo. Por todo ello se puede asegurar que la revuelta popular, el furor de la multitud, el tumulto, tuvo una duración considerablemente mayor que el linchamiento mismo; durante todo ese tiempo la ciudad no se vió libre de gritos, desórdenes y violencias diversas: esto es algo que no llegaron a describir las fuentes, pero es fácil imaginar⁽³⁸⁾.

d. Protagonistas

El único personaje al que todas las fuentes aluden sin excepción es el obispo Jorge, principal víctima de la *seditio*; por contra, no hay tal unanimidad en ellas respecto a si hubo más víctimas o sobre quiénes fueron de entre la población de Alejandría los que participaron en esta suerte de linchamiento público. Amiano, ya lo hemos dicho, es la única fuente que menciona a Draconcio y Diodoro como compañeros de Jorge en el "cruel suplicio"; la *Hist. acephala* solo menciona al obispo y a Draconcio, y el resto solo aluden al obispo. Sin embargo, el valor documental del historiador pagano y de la *acephala* –sin duda las dos fuentes que aportan mayor información y que parecen haber estado mejor informadas–, hace pensar que, efectivamente, Jorge no debió ser la única víctima del furor de los alejandrinos, máxime cuando los relatos de ambas sobre este tumulto son en general coincidentes en los mismos detalles⁽³⁹⁾.

Por lo que respecta a la identidad de los agresores de Jorge, las fuentes ofrecen algunas dudas y discrepancias, evidentemente porque ello implicaba aludir a los motivos de la

mo, es necesario decir también que Alejandría, como centro supremo de la cultura y de la ciencia pagana, fue asimismo la sede a donde llegaron a su apogeo las más representativas escuelas filosóficas paganas, el neoplatonismo y las sectas gnósticas en particular.

(37) *Hist. aceph.*, 8.

(38) Con todo, Amiano y la *Hist. aceph.* disienten en otros detalles, y así, mientras que el primero sitúa los hechos en el período de un mismo día, la segunda asegura que al menos fueron dos, lo cual explica que Amiano haya omitido en su narración el encarcelamiento previo que sufrió el obispo.

(39) Cf. al respecto lo dicho en nn. 29 y 38.

matanza, aspecto crucial de todo el suceso, y sobre el que lógicamente cada cronista tenía su propia opinión de acuerdo a sus intereses e ideologías. No obstante, como vamos a ver a continuación, puede entreverse cierta uniformidad de criterio en un sentido general.

La primera de las dos fuentes paganas, la carta de Juliano, que está dirigida Ἀλεξανδρέων τῷ δήμῳ, mantendrá a lo largo de todo el texto la misma y genérica referencia a los culpables, como si efectivamente toda la población hubiera sido la responsable del asesinato, aunque también es bastante probable que el emperador, dirigiéndose en general a todos los habitantes de la ciudad, intentara así ocultar o exculpar a la comunidad pagana, como por otra parte refleja el propio tono de la epístola⁽⁴⁰⁾. También Amiano, en un principio, culpó a los *Alexandrini* en conjunto de haber dirigido su cólera contra el obispo, pero más adelante, aludiendo a los que participaron en la matanza, parece restringir su número empleando los términos *plebs omnis* y *multitudo immanis*⁽⁴¹⁾. Con todo, el relato de Amiano en su conjunto, mucho más sincero que el del emperador y exento de la subjetividad de aquél, no deja lugar a dudas de que fue la comunidad pagana de Alejandría la causante del tumulto, pues como el mismo autor expone, era la que tenía más motivos para sublevarse contra el obispo y los dos funcionarios cristianos; no obstante, ello se desprende también de la observación que hace acerca de que los cristianos no defendieron a Jorge, pese a ser partícipes del mismo credo religioso, lo que para él es una prueba más de la extensa impopularidad que aquél tenía entre la población, y para nosotros de que la iniciativa de la revuelta y los más implicados en ella habrían sido los no-cristianos⁽⁴²⁾. Por su parte, Sócrates y Sozomeno son los únicos que de una manera clara y nada ambigua no imputaron el tumulto a todos los alejandrinos sino solo a la comunidad pagana de la ciudad, εἶναι εστασίασε τὸ Ἑλληνικόν πλῆθος τῶν Ἀλεξανδρέων⁽⁴³⁾, opinión ésta que no podía sino contradecir la versión que mantenían los arrianos, según los cuales —dice Sozomeno, V.7— habrían sido los partidarios del obispo Atanasio los verdaderos causantes de

(40) Es ésta la opinión de ALLARD, *op. cit.*, II.281, BIDEZ, *op. cit.*, p.235, y BOWERSOCK, *op. cit.*, pp. 80-1 y 83 entre otros. En efecto, el emperador se dirige a los alejandrinos como si todos practicaran cultos paganos, cuando quizá la mitad de la población era cristiana, a los cuales no se dirige en la epístola en ningún momento. En este contexto, el sentido de la carta imperial parece claro: recriminar al pueblo por no haber acudido a los tribunales de justicia, pero no recriminar la muerte de Jorge "pues se merecía tal suerte". Como estima el propio BOWERSOCK, *op. cit.*, p. 81, esta carta anticipa la política que seguirá Juliano con los cristianos, es decir, la de desear su eliminación no por medios violentos, sino por otros más sutiles y desde luego pacíficos. De igual manera, la carta imperial refleja que en adelante los derechos de los cristianos no iban a ser fácilmente atendidos.

(41) Am. Marc., XXII.11.8 y 10. En todo caso, no empleará luego *Alexandrini*, o *populus*, sino tan sólo términos o expresiones neutras que aluden al "pueblo llano", pero sin un claro valor negativo o peyorativo.

(42) Am. Marc., XXII.11.11: "*Poterantque miserandi homines ad crudele supplicium ducti, Christianorum adiumento defendi, ni Georgii odio omnes indiscrete flagrabant*". Para ALLARD (*op. cit.*, II.279 y n. 2) la culpa de los cristianos habría residido en su falta de ayuda al obispo en semejante agresión, y en idéntico sentido hay que entender las palabras de Gregorio Nacianzeno cuando implicó en la revuelta a todos los alejandrinos. Obsérvese que, en efecto, las razones concretas que aduce Amiano en su relato para explicar el odio de la ciudad hacia Jorge, Draconcio y Diodoro, tan solo podían afectar a la comunidad pagana hasta enfurecerla.

(43) Soz., HE, V.7.189c. En sentido parecido se expresó también, como era de esperar, Sóc., HE, III.2.173c y 3.174a, que apunta también cuál era la versión arriana: " Λόγος δὲ διεδόθη, ὡς τὰντα εἰς Γεώργιον ἔδρασαν οἱ δι' Ἀθανάσιον ἀπεχθῶς ἐχῶντες πρὸς αὐτόν. Ἐγὼ δὲ ἠγοῦμαι μὲν καὶ τοὺς μισοῦντας ἐν ταῖς στάσεσι συνεπιτίθεσθαι τοῖς ἀδικοῦσιν. Ἡ μὲντοι τοῦ βασιλέως ἐπιστολὴ τῷ δήμῳ μᾶλλον, ἢ χριστιανούς ἐγκαλεῖ. "

la muerte de Jorge: Οὐκ ἄγνοῶ δέ, ὡς οἱ ἀπὸ τῆς Ἀρείου ἀρέσεως, τάδε λέγουσι παθεῖν τὸν Γεώργιον πρὸς τῶν τοῦ Ἀθανασίου σπουδαστῶν. Ἐγὼ δέ τῶν Ἑλληνιστῶν ἠγούμαι μᾶλλον εἶναι τὸ δρᾶμα. Por último, la *Hist. acephala* también es bastante clara al culpar a toda la población de Alejandría de la matanza cometida, *omnis populus illius civitatis*⁽⁴⁴⁾, como asimismo lo fueron Epifanio, *Haeres.*, LXXVII, y Gregorio de Nacianzo, *Or.*, XXI. 27: ὀργῆς πανδήμου καὶ φορᾶς ἔργον γενόμενος, afirmación ésta que implicaría en la revuelta a sus propios correligionarios⁽⁴⁵⁾.

Así pues, las fuentes que relataron los hechos, paganas y cristianas indistintamente, parecen reflejar que fue la comunidad pagana de Alejandría la principal implicada en la revuelta contra el obispo. No obstante, estas mismas fuentes, cuando genéricamente implican a *todos* los alejandrinos, parecen también insinuar que los cristianos (evidentemente no los arrianos) no estuvieron libres de toda responsabilidad; quizá no fueran los ejecutores del crimen, pero sí lo instigaron con su actitud de espectadores pasivos del mismo –Ammiano parece desde luego creerlo así–. Como hemos dicho más arriba, motivos parece que tuvieron para mostrar tal actitud.

e. Reacción de las autoridades y consecuencias del tumulto

Nada hay en las fuentes que nos indique que las autoridades, esto es, sus efectivos policiales o los del mismo ejército, hayan intervenido durante el tumulto impidiendo su trágico desenlace, como si, efectivamente, éste no hubiera encontrado la menor oposición o interferencia durante todo su desarrollo. En esta ocasión, el dato merece ser reseñado como valioso y, a la vez, contradictorio, si tenemos en cuenta la larga duración del tumulto y el papel que tenía que haber desempeñado en el mismo (y según parece no desempeñó) Artemio, como ya dijimos el *dux Aegypti* en el año 360 y colaborador del obispo Jorge en los ultrajes cometidos contra el paganismo alejandrino.

Si esto fue así, cabe entonces hacerse la siguiente pregunta: ¿por qué Artemio no intervino en defensa del obispo a pesar de disponer del tiempo suficiente? La respuesta no es fácil pues la figura de Artemio plantea algunos aspectos problemáticos, tales como la verdadera clase de relaciones y afinidades religiosas que tuvo con el obispo Jorge, y, sobre todo, la fecha en la que abandonó el cargo, pero es de esa respuesta precisamente de la que depende una cuestión que aquí nos interesa, esto es, si la no intervención de las autoridades significa siempre impotencia, falta de medios y respaldo, o por el contrario, puede ser producto de una actitud premeditada según la cual las autoridades podrían tomar partido a favor de una de las partes implicadas. Sobre esta cuestión digamos que Artemio –refiriéndonos al caso concreto que nos afecta– no intervino en el tumulto, ni a favor de Jorge –como sería de esperar si aquél siguiera en el cargo– ni de ninguna otra manera, bien porque –como cree Allard– había sido sustituido ya en el cargo por el tío de Juliano, o por cualquier otra razón que desconocemos, pero no

(44) *Hist. aceph.*, 8.

(45) Como ya dijimos anteriormente, ALLARD (*op. cit.*, II.279 n. 2) entiende que Gregorio Nacianzeno se refería a la actitud de "dejar hacer" que debieron adoptar los cristianos, que no llegarían a participar "activamente" en la matanza. La acusación de Gregorio hay que entenderla lógicamente en el contexto de odio que sentía hacia el obispo arriano.

porque Artemio hubiese muerto antes de la revuelta, como piensa Piganíol y, antes que él, Amiano, que probablemente ha equivocado la fecha del tumulto⁽⁴⁶⁾. Al respecto, creemos que efectivamente Artemio fue ejecutado en el año 362, pero antes había sido ya sustituido en el cargo por un dux que, o bien "dejó hacer" a la multitud –en el caso de que se tratara de Juliano, el tío del emperador, correligionario de los agresores paganos⁽⁴⁷⁾–, o bien no pudo hacer nada ante la muchedumbre amotinada, porque simplemente se vió desbordado por ella, como solía ocurrir con cierta frecuencia⁽⁴⁸⁾.

Por lo demás, y aparte del juicio y posterior ejecución del antiguo gobernador militar de Egipto a causa de los odios que levantó entre la comunidad pagana de Alejandría, la reacción de las autoridades se centró en la postura oficial que el emperador mismo adoptó mediante un escrito dirigido a los alejandrinos en enero del 362, y que nos ha sido transmitido por Sóc., III.3. En esta epístola, como dijimos anteriormente, Juliano recriminaba al pueblo que se hubiera tomado la justicia por su mano, pero al mismo tiempo le disculpaba y justificaba el delito cometido, el cual, pese a su gravedad, quedó sin castigo⁽⁴⁹⁾. Este documento es asimismo importante por otros motivos, pues no sólo refleja por vez primera la política que quiso llevar a cabo Juliano frente al cristianismo, esto es, no hacer uso de la violencia sino de los tribunales de justicia y las leyes, y aparentar tolerancia ante la intolerancia, sino también por ser una primera señal de que en adelante los derechos paganos se primarían frente a los de los cristianos⁽⁵⁰⁾. No fue ésta, como se sabe, la única ocasión en que Juliano se dirigió por escrito a Alejandría⁽⁵¹⁾, e incluso a otras ciudades que, como Gaza, Bostra, Edessa y Cesarea de Capadocia, habrían de recibir posteriormente epístolas de este carácter en circunstancias parecidas⁽⁵²⁾.

(46) JONES-MARTINDALE-MORRIS, *Prosopography*, p. 112, creen que la noticia de Am. Marc., XXII.11.3 y 8 está, efectivamente, equivocada, y para ello esgrimen el argumento de que Juliano, en su *Ep.* 60, no menciona la muerte de Artemio, como sería de esperar dado el contenido de la carta, y por su parte, la *Historia acephala* relacionó la muerte de Jorge con la del emperador Constancio, no con la del dux Artemio (como cree en efecto PIGANIOL, *op. cit.*, p. 145 y n. 1). Por su parte, BIDEZ, *op. cit.*, p. 235, y más recientemente MATTHEWS, *op. cit.*, pp. 109 y 442-3, también señalan que Artemio fue ejecutado por Juliano, y por ello, considerado mártir, viendo en el dux a un colaborador del obispo Jorge. A la vista de unos y otros argumentos, y teniendo en cuenta la sucesión de los acontecimientos, nos inclinamos a pensar que, ciertamente, Artemio estaba vivo cuando el obispo fue linchado, y que si no intervino, debió ser por otros motivos (véase a continuación el texto).

(47) Como hemos dicho, es la hipótesis de ALLARD, *op. cit.*, II.280 n. 1. Con todo, JONES-MARTINDALE-MORRIS, (*Prosopography*, "Julianus") mantiene algunas dudas al respecto.

(48) Véase lo que dijimos en n. 33 *supra*. La escasez o debilidad de las fuerzas policiales es causa del ambiente tumultuario en muchas ciudades tardorromanas, grandes y pequeñas (cf. AJA SANCHEZ, *op. cit.*, pp. 320-38 principalmente; la misma opinión en P. VEYNE, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de Epistemología*, Madrid, 1972, p. 277 n.10; A.H.M. JONES, "El transfondo social de la lucha entre el paganismoy el cristianismo", en A. Momigliano *et alii*. *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, 1989, p. 38; VIRLOUVET, *op. cit.*, p. 79, entre otros).

(49) Como es bien sabido, la forma epistolar era usualmente empleada por los emperadores en estos casos (otras cartas de Juliano en n. 52 *infra*). Muy al contrario, cuando la violencia de la protesta popular afectaba al propio poder imperial, la respuesta de éste no solía ser nada pacífica, sino contundente y acorde con lo que en realidad era el *Dominado*. Aparte del caso citado acerca de Teodosio (cf. *supra* n. 27), ver otros ejemplos en AJA SANCHEZ, *op. cit.*, p. 337 y n. 46.

(50) Cf. al respecto la reflexión que hace BOWERSOCK, *op. cit.*, p. 81.

(51) Antes de esta ocasión, Juliano habría escrito otra misiva, al parecer perdida, y que él mismo cita en su *Ep.* 60.379d, y otra más, esta vez conservada, la *Ep.* 59, que trataba sobre el traslado de un obelisco conmemorativo a su ciudad natal, Constantinopla.

(52) Esto es, las *Eps.* 114 y 115 (a Bostra y Edessa), y las que nos transmite Soz., V.4 y 9 (a Cesarea de Capadocia y Gaza respectivamente).

Como se ve, las repercusiones civiles o políticas que tuvo la revuelta contra Jorge no fueron especialmente llamativas ni, a lo que parece, tampoco gravosas para la ciudad o para los gobernantes. A lo más, y desde el punto de vista religioso, la sede episcopal había quedado vacante de forma irregular a causa del tumulto, estando lista para recibir una vez más a su antiguo titular, Atanasio, pero ni tan siquiera el regreso de éste parece que fuera provocado por la muerte de Jorge⁽⁵³⁾. Los paganos y ortodoxos cristianos de la ciudad se habían librado de su común enemigo, pero tampoco este hecho significó que ambas comunidades mejorarían en adelante sus relaciones mutuas. Esta escasa repercusión, esta aparente inhibición legal de las autoridades ante este suceso de violencia colectiva, fue, a nuestro juicio, debido sobre todo al cambiante y complejo transfondo religioso en el que se desarrollaron los hechos.

II. SUS CAUSAS

Las fuentes mantienen una opinión unánime al señalar que fue el descontento general de los alejandrinos (es decir, según acabamos de ver, paganos y cristianos ortodoxos principalmente) el motivo que en última instancia les hizo sublevarse contra el obispo Jorge. Como ya hemos dicho, cada uno de los cronistas —portavoces en principio de una u otra comunidad religiosa— adujo las razones concretas que, a su juicio, motivaron semejante descontento entre ambas comunidades religiosas (lógicamente, no entre la comunidad arriana, partidaria de Jorge, ni a lo que parece entre la judía, a la que nadie ha nombrado pese a que tengamos constancia de su presencia en la ciudad egipcia⁽⁵⁴⁾). Así, tanto la impiedad y las injusticias cometidas por Jorge contra los paganos, la supuesta brutalidad de Artemio para con los templos y objetos de culto de éstos, la mofa de que hizo gala el obispo respecto a la antigua "religión nacional", los hechos que se imputaron a Draconcio y Diodoro, como, por la otra parte, la creencia de que se había usurpado el puesto de Atanasio, la fé arriana del pretendido usurpador, las más que probables relaciones conflictivas de éste y los niceanos de la ciudad, fueron la clase de razones que crearían un ambiente extraordinariamente hostil hacia el obispo entre la mayor parte de la población de Alejandría.

(53) En efecto, nada se especifica acerca de Atanasio en el decreto sobre el regreso de los exiliados (cf. referencias en n. 101 *infra*), sencillamente porque el obispo se vería favorecido por un decreto de carácter general como fue éste, antes que por la muerte del obispo Jorge.

(54) Efectivamente, Alejandría fue uno de los grandes centros receptores de la Diáspora judía, convirtiéndose pronto en la capital cultural del judaísmo helenístico, integrando en su seno a una comunidad numerosa, probablemente mayoritaria en dos de cada cinco distritos de la ciudad (cf. SIMON-BENOIT, *op. cit.*, pp. 21-4; M. SIMON, *Verus Israel. Etude sur les relations entre Chrétiens et Juifs dans l'Empire Romain (135-425)*, Paris, 1964; A.F. SEGAL, *Rebecca's Children*, Oxford, 1989; ahora ya resulta imprescindible ALEXANDRINA —cf. n. 36—. La comunidad judía de Alejandría conoció tradicionales oleadas de antisemitismo, no pocas veces impulsadas desde el propio poder político, siendo los conflictos con los cristianos muy frecuentes; éstos, tanto incendiaban o demolían templos paganos como sinagogas, ya que ambas clases de santuarios eran considerados como templos del error (cf. al respecto SIMON, *op. cit.*, pp. 264-74; SIMON-BENOIT, *op. cit.*, p. 22; JONES, *LRE*, pp. 944-50; desde una perspectiva general véase D. ROKEAH, "Jews, Pagans and Christians in Conflict", *Studia Postbiblica* 33, 1982). Los judíos serían expulsados de Alejandría en el año 414 a instancias del obispo Cirilo y en contra de la voluntad del prefecto de la ciudad (cf. Sóc., VII.13).

Ahora bien, fueran cuales fuesen los motivos puntuales y concretos que provocaran la revuelta de los alejandrinos, la conjunción de dos factores mucho más generales a todos los aducidos por las fuentes son los que verdaderamente la provocaron: por un lado, el conflicto cristianismo-paganismo que caracterizó gran parte de la historia religiosa del siglo IV, y por otro, los conflictos internos por los que atravesaba el propio cristianismo durante esta misma época.

a. Los antagonismos religiosos

Respecto a esta primera cuestión, es necesario decir que los paganos no dejaron de reaccionar ante el progresivo dominio e influjo cristiano en todos los órdenes de la vida tardorromana, lo cual produjo numerosos enfrentamientos entre los seguidores de una y otra religión, cuyo celo –no exento muchas veces de venganzas, represalias y fanatismo– llevó a un número determinado de ciudades a conocer y padecer los efectos violentos de semejante antagonismo⁽⁵⁵⁾. Los cambios de credo religioso en el gobierno central, la coyuntura política, la propia naturaleza y composición de la población de una determinada ciudad, resultaban ser casi siempre factores determinantes para que se produjeran los brotes de violencia. Si ciudades de la clase de Gaza, Bostra, Cesarea o Edessa, por ejemplo, conocieron graves sucesos de violencia multitudinaria en determinadas ocasiones y circunstancias⁽⁵⁶⁾, con muchos más motivos habrían de conocerse en una ciudad de la magnitud y categoría de Alejandría. En ésta, los antiguos y enraizados cultos paganos –algunos de los cuales, como el de Serapis, disfrutaban aún de cierta popularidad⁽⁵⁷⁾– se veían obligados a coexistir al lado de una cada vez más numerosa e influyente comunidad cristiana, la cual además había disfrutado durante casi todo el siglo IV del respaldo político, del apoyo y del favor del poder central, fuera cual fuese el credo de éste, pues a la hora de luchar contra el paganismo y, también, a los ojos de los paganos, antes que ser partidarios del credo de Arrio o del de Nicea, se era ante todo cristiano.

En este contexto conflictivo hay que situar los motivos que indujeron a los paganos de Alejandría a sublevarse contra las autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad que, siendo "enemigos de los dioses"⁽⁵⁸⁾, habían exasperado con sus actos la piedad pagana de Alejandría; el anuncio de la muerte del protector del obispo, el emperador arriano Constancio, y no la elección de Juliano⁽⁵⁹⁾, fue lo que decidió a los paganos a ac-

(55) Entre otros casos, es lo que ocurrió en Gaza (Soz., V.9; Greg. Nac., *Or.*, IV.93), en Bostra (Jul., *Ep.* 114), en Edessa, Merus de Frigia y Cesarea de Capadocia (Sóc., III.15; Soz., V.4 y 11; Jul., *Ep.*, 43), en Pesinunte (Greg. Nac., *Or.*, V.40; Jul., *Ep.*, 84), en Heliópolis, Petra, Rafia, Areopolis, Apamea y Antioquía (Lib., *Or.*, XXX.8; Teod., V.21). Entre otros, véanse los estudios de R. VAN DAM, "From paganism to Christianity at late antique Gaza", *Viator* 16, 1985, pp. 1-20; G. MUSSIES, "Mamas God of Gaza", *ANRW II*, 1990, pp. 2412-24; R.L. FOX, *Pagans and Christians*, Harmondsworth, 1986.

(56) Ver nota anterior.

(57) Cf. *supra* n. 36.

(58) Jul., *Ep.*, 60.379c.

(59) Obviamente, en la fecha de la revuelta, Juliano no habría mostrado todavía sus planes y planteamientos religiosos, si bien este suceso mostró cómo en adelante los derechos de los cristianos no iban a ser respetados como hasta ese momento lo habían sido. Sin embargo, como el propio emperador expresa en su carta (cf. *Ep.*, 60.380a y b), él no deseaba eliminar el cristianismo con violencia, sino con medios más sutiles que no se enfrentaran a las leyes.

tuar contra Jorge, lo que indicaría que esta vez fue aprovechada desde luego la favorable coyuntura política, no religiosa. Pero no habría de ser éste el único tumulto habido en la ciudad por razones, en el fondo, idénticas, pues hacia el año 391, y en este mismo marco de conflictos, tuvo lugar una nueva revuelta pagana de inusitada violencia.

Nos estamos refiriendo, naturalmente, a los graves enfrentamientos públicos que precedieron la destrucción del *Serapeion* alejandrino, un suceso que hay que enmarcar dentro de la política religiosa seguida por el emperador Teodosio⁽⁶⁰⁾. Efectivamente, el 24 de febrero del 391 fue firmada por este emperador la ley referente a la prohibición general de practicar sacrificios y entrar a los templos bajo la amenaza de severos castigos⁽⁶¹⁾.

Unos meses más tarde, una ley firmada en Aquileia el 16 de junio y dirigida específicamente al prefecto augustal de Alejandría, Evagrio, y al comandante de las tropas de Egipto, Romano, ratificaba las mismas órdenes⁽⁶²⁾. El obispo de la ciudad en esta fecha, Teófilo, quizá aprovechando esta coyuntura legislativa y el propio apoyo imperial⁽⁶³⁾, se decidió a reivindicar un antiguo templo pagano para convertirlo en iglesia⁽⁶⁴⁾. A lo que parece, tanto la propia petición del obispo como la profanación por los cristianos de aquel lugar sagrado, produjo una fuerte y violenta protesta pagana que acabó en un enfrentamiento abierto entre ambas comunidades religiosas⁽⁶⁵⁾. Durante la lucha, los paganos decidieron parapetarse y hacerse fuertes en el *Serapeion*, que por su situación elevada y la solidez de su construcción quedó convertido en una especie de ciudadela fortificada desde la cual la rebelión pagana ofreció una fuerte resistencia, y en la cual no se descarta el liderazgo de ciertos intelectuales paganos que, como Olimpo, incitaban a los rebeldes a morir por su religión⁽⁶⁶⁾. Ante tales disturbios, las autoridades de Alejandría decidieron apelar al emperador Teodosio, el cual, según Rufino (*HE*,

(60) Las fuentes de la revuelta son Sócr., V.16; Soz., VII.15; Teod., V.22; Ruf., *HE*, II.23-30; Eunapio, *Vit. Sophis.*, VI.11. El suceso (que tuvo una gran resonancia en el mundo tardío) se añade a la larga lista de luchas entre las comunidades paganas y cristianas de las diversas ciudades tardorromanas (cf. n. 55 *supra*).

(61) *C. Th.*, XVI.10.10. El 8 de Nov. del año siguiente se emitiría otra más (*C. Th.*, XVI.10.12) que hacía extensiva la prohibición a los cultos domésticos.

(62) *C. Th.*, XVI.10.11, dirigida a Evagrio, *Praefectus Augustali et Romano comiti Aegypti*. En efecto, Egipto obtuvo el estatuto de diócesis independiente hacia el reinado de Valente, bajo la administración de un prefecto augustal. Cf. al respecto JONES, *LRE*, pp. 47 y 141; véase también lo dicho *supra* n. 36.

(63) Es una suposición de THELAMON, *op. cit.*, p. 254, que comparto plenamente.

(64) La cual había sido donada por Constancio a los obispos de Alejandría. Juliano, posteriormente, la rescató para el culto pagano (cf. Ruf., *HE*, II.22). Sobre la identificación de este templo, véase lo dicho *supra* n. 18.

(65) Se trata, como ya vimos, de la profanación que hicieron los cristianos de los objetos y estatuas de culto que encontraron entre las ruinas del templo, lo cual provocó una violenta reacción pagana que Sócrates situaba en los tiempos de Jorge, y Rufino en los de Teófilo; una discusión sobre las fechas en THELAMON, *op. cit.*, p. 248; G. FOWDEN, "Bishops and Temples in the East Roman Empire", *JThS* 29, 1978, p. 69; PIGANIOL, *op. cit.*, p. 285 n. 7; y JONES, *LRE*, p. 168 n. 77. Sobre la revuelta en general, véase sobre todo THELAMON, *op. cit.*, pp. 246-57, que lógicamente toma el texto de Rufino como el fundamental para esclarecer la secuencia de los hechos; también J. SCHWARTZ, "La fin du Serapeum d'Alexandrie", en *Essays in honor of C. Bradford Welles*, New Haven, 1966; J. GAUDEMET, "La condamnation des pratiques païennes en 391", en *Epektasis (Mélanges Daniélou)*, 1972, pp. 597-602; R. MACMULLEN, *Christianizing*, pp. 99 y nn. 38-9.

(66) La descripción del *Serapeion* utilizado como ciudadela pagana durante la revuelta en Ruf., *HE*, II.12 y Soz., VII.15. Sobre Olimpo y la participación de intelectuales paganos en los disturbios, véase THELAMON, *op. cit.*, pp. 251-3, el cual señala que el liderazgo de Olimpo, por lo que él mismo representaba, convertía la lucha pagana en una "rébellion ouverte contre l'autorité de l'Etat".

II.22), ordenó la destrucción de todos los ídolos para que así finalizara la violencia. Por último, tanto la intervención de las autoridades de la ciudad y de la propia provincia, como la ayuda de los fieles cristianos, de los monjes y de los soldados incluso, consiguieron acabar con la resistencia pagana; la estatua de Serapis y el santuario fueron destruidos⁽⁶⁷⁾.

Este suceso, además de mostrarnos la perduración y el arraigo del paganismo en la ciudad egipcia aún en época tan tardía, es igualmente ilustrativo de la clase de conflictos a que daba lugar la actitud intolerante de las autoridades cristianas para con el paganismo, las reacciones de éste para evitar su completa aniquilación y, en definitiva, el celo religioso y el fanatismo con el que se conducían unos y otros. Es, por consiguiente, desde esta perspectiva desde la que principalmente tiene que contemplarse tanto este tumulto como el ocurrido treinta años atrás contra el obispo Jorge⁽⁶⁸⁾, dos episodios que al fin y al cabo pertenecen al mismo ámbito conflictivo, el de los antagonismos religiosos, que desde luego provocó otros muchos casos⁽⁶⁹⁾.

b. Los conflictos internos del cristianismo

El segundo nivel de conflictos causantes del tumulto, implicaría esta vez solo a los cristianos de Alejandría. Efectivamente, ¿no sugerían algunas de las fuentes, paganas y cristianas, que todos los alejandrinos, por una u otra razón, pudieron haber sido responsables de la muerte del impopular obispo?; ¿hasta qué punto pudieron los cristianos estar implicados en ella? Sobre esta cuestión, y antes de adoptar una u otra postura, conviene aclarar que, si bien resulta difícil imaginar una alianza (aunque sólo fuera circunstancial) entre ambas comunidades religiosas, sí parece posible por el contrario entrever una actitud de consentimiento entre la comunidad cristiana ortodoxa, una actitud de "dejar hacer"⁽⁷⁰⁾, lo cual beneficiaba no sólo determinados intereses de esta comunidad, sino también, muy probablemente, decidió a los paganos a actuar contra Jorge, sabedores de que la sublevación no iba a encontrar una resistencia cristiana firme y numerosa. Esto, sin duda, hizo que el suceso adquiriera un cariz verdaderamente grave.

(67) Respecto a la presunta participación de los monjes (Eunap., *Vit. Sophis.*, VI.11), cf. MACMULLEN, *Christianizing*, pp. 99 y n. 39. Sobre la participación de efectivos del ejército en la destrucción del templo y de la estatua de Serapis, THELAMON, *op. cit.*, pp. 255-7.

(68) Véase en THELAMON, *op. cit.*, pp. 257-79, qué significó para el paganismo africano y oriental la destrucción del *Serapeion*. Desde un punto de vista general, P. LABRIOLLE, *La réaction païenne*, Paris, 1948; J. PINYOL I RIBAS, "La reacción pagana del siglo IV", *MHA* 5, 1981, pp. 165-71; K.W. HARL, "Sacrifice and Pagan Belief in Fifth-and Sixth-Century Byzantium", *P&P* 128, 1990, pp. 7-27. Cf. también A. MARTIN, "Les premiers siècles du christianisme à Alexandrie. Essai de topographie religieuse (IIIe-IVe siècles)", *REAug* 30, 1984, pp. 211-25, referido a Teófilo y el asunto del templo convertido en iglesia; sobre la función del obispo en la ciudad y su proyección sobre los habitantes, cf. D. MOCHI ONORY, "Vescovi e città", *Riv. Stor. Diritt. Ital.* 4, 1931, pp. 245-329; 5, 1932, pp. 99-179 y 241-312; y 6, 1933, pp. 199-238; sobre el aspecto en el que hemos contemplado los templos paganos en este capítulo, cf. J. ARCE, "Reconstrucciones de templos paganos en época del emperador Juliano", *RSA* 5, 1975, pp. 201 y ss., así como la magnífica traducción y análisis de R. VAN LOY, "Le Pro Templis de Libanius", *Byzantion* 7, 1933, pp. 7-39 y 389-404.

(69) Los ya citados en n. 55.

(70) Como ya dijimos, es el criterio que sostiene ALLARD, *op. cit.*, II.279 n. 2, basándose en la afirmación que hiciera Greg. Nac., *Or.*, XXI.27 y lo que dice Am. Marc., XXII.11.11 (cf. *supra* nn. 42 y 45). En general, nada hay en el conjunto de las informaciones sobre el suceso que contradiga esa hipótesis.

Con todo, la cuestión ha de ser analizada a la luz de un contexto conflictivo mucho más amplio, esto es, el de los problemas internos por los que atravesaba el cristianismo durante esta misma época.

Nos estamos refiriendo ahora a las disputas y discrepancias doctrinales surgidas en el seno del cristianismo y que originaron, ciertamente, no pocos enfrentamientos y conflictos tanto en la organización interna de la Iglesia como entre las propias comunidades de fieles⁽⁷¹⁾. El más importante de estos conflictos fue sin duda la llamada "controversia arriana", la cual habría de dominar prácticamente la historia de la propia Iglesia tardorromana, y que tuvo precisamente en Alejandría —junto con la propia capital, Constantinopla— uno de sus principales escenarios⁽⁷²⁾. Pero no nos interesa tanto aquí la historia de esta profunda crisis que padeció la Iglesia, como algunos de los aspectos que, pensamos, clarifican y encuadran en su debido contexto histórico el tumulto del año 361 contra Jorge.

Así por ejemplo, la constante injerencia del poder político en esta controversia doctrinal (y en general en los asuntos eclesiásticos). En efecto, una vez que el arrianismo sobrepasó los límites de una querrela dogmática localizada entre el obispo de Alejandría, Alejandro, y uno de sus sacerdotes, Arrio, y se convirtió en una doctrina rápidamente aceptada, cada vez más extendida, más atrayente y más capaz de dividir a toda la Iglesia⁽⁷³⁾, Constantino —quizá deseando la paz y la unión de la Iglesia, pero a la postre con resultados poco eficaces— sentó el precedente de intervenir activamente en la controversia suscitada promoviendo el Concilio de Nicea en el año 325. A partir de aquí, los sucesivos concilios y sínodos provinciales, ya fueran promovidos por el emperador o por los propios obispos, no hicieron sino empeorar las cosas, bien certifi-

(71) Respecto a cómo y cuánto podían afectar semejantes disputas a los ciudadanos en general, merece la pena citar aquí la observación que hiciera JONES, *LRE*, p. 964, al respecto: "*That ordinary people felt passionately on these questions is amply proved by the long series of riots and commotions which they provoked, and the stubborn resistance offered to the penal laws against heretics by thousands of humble Christians. How far the mass of the people understood the often very subtle metaphysical points involved may be open to doubt, but it would seem that popular interest in these controversies, which to us seem so arid, was intense*". Más concreto aún se muestra MACMULLEN (*Enemies*, pp. 179-80) cuando señala que "*internal clashes of the Church echoed through the fourth century, filling the streets with bedlam and bloodshed. The Arian controversy alone provided a score of lying accusations, inflammatory sermons, banishments, beating, riots, and murders*". El lector podrá encontrar parte de estas causas en los artículos de R. GRAYSON, "Les élections épiscopales en Orient au IV^e siècle", *RHE* 74, 1979, pp. 301-45, y T. GREGORY, *Vox Populi, Popular Opinion and Violence in the Religious Controversies of the Fifth Century A.D.*, Columbus, 1979.

(72) Una documentada visión de los conflictos que suscitó el arrianismo en Constantinopla y Alejandría podrá encontrarse en DAGRON, *op. cit.*, pp. 410-53, donde queda reflejada la rivalidad habida entre ambas sedes episcopales. Para una visión general del arrianismo desde el punto de vista histórico, cf. FRENDE, *op. cit.*, pp. 522-43, con la relación de las principales fuentes y bibliografía; también R. WILLIAMS, *Arius: Heresy and Tradition*, London, 1987; desde el punto de vista ortodoxo, B. LLORCA, *Historia de la Iglesia católica*, I, Madrid, 1976, pp. 383-432, igualmente con abundante bibliografía sobre el tema.

(73) Sobre los orígenes y difusión del arrianismo, véanse los libros citados en n. anterior. La figura de Atanasio y el tema de las relaciones de la Iglesia y el Estado están tratados en W.H.C. FRENDE, "Athanasius as an Egyptian Christian Leader in the Fourth Century", en *Religion Popular and Unpopular*, London, 1976, cap. 16; Ch. KANNENGIESSER (ed.), *Politique et Théologie chez Athanasius d'Alexandrie*, Paris, 1974; S.L. GREENSLADE, *Church and State from Constantine to Theodosius*, London-Toronto, 1954; K.M. SETTON, *The Christian Attitude Towards the Emperor in the Fourth Century*, New York-London, 1941.

do y ratificando la fórmula establecida en Nicea respecto a la naturaleza consubstancial de la divinidad, o bien defendiendo la doctrina contraria que exponía Arrio⁽⁷⁴⁾. Todo ello provocó no pocos exilios, excomuniones, polémicas enconadas y enfrentamientos, lo mismo entre las autoridades eclesiásticas que entre el propio pueblo, al que no sólo afectaban tales controversias dogmáticas, sino también –y sobre todo– los cambios que se producían en las respectivas sedes episcopales como consecuencia de ella⁽⁷⁵⁾.

En efecto, el control de las principales sedes episcopales (la de Alejandría, la de Constantinopla, la propia de Roma) fue uno de los principales objetivos perseguidos tanto por los ortodoxos como por los arrianos, y lograrlo dependía normalmente de la influencia que pudiera ejercerse sobre el emperador mismo, del credo que éste favoreciese en un momento determinado, del apoyo e influencia con que contara el obispo titular ante el emperador (todo lo cual no ofrecía precisamente un comportamiento edificante a los ojos de los paganos, que es lo que en el fondo parece reprochar Amiano a los cristianos⁽⁷⁶⁾). La intervención del emperador era, como se ve, determinante, pero la elección de un obispo, o el destierro de otro, podía provocar (al margen incluso de la controversia arriana) los disturbios más violentos entre la población de una determinada sede episcopal, lógicamente cuando la intervención del emperador iba contra los deseos de la mayoría⁽⁷⁷⁾.

Así ocurrió, por ejemplo, en Constantinopla, sede que ganó pronto el arrianismo, cuando a la muerte del obispo Alejandro en el año 337 se suscitó un largo y agrio conflicto entre los sucesivos pretendientes al trono episcopal vacante⁽⁷⁸⁾. De entre los dos primeros candidatos, esto es, Pablo, representante de la ortodoxia, y Macedonio, merecedor del apoyo arriano, fue elegido el primero. Sin embargo, poco tiempo después, una de las insignes figuras del arrianismo, Eusebio de Nicomedia, sería nombrado obispo de Constantinopla por deseo expreso del emperador Constancio⁽⁷⁹⁾. Una parte de la población –probablemente todos los ortodoxos– seguía apoyando, no obstante, a Pablo, y así, a la muerte de Eusebio a finales del 341, será elegido de nuevo obispo de la ciudad por sus partidarios, al tiempo que Macedonio lo era también con el apoyo de los obispos arrianos⁽⁸⁰⁾. Enterado el emperador Constancio de esta disputa, ordena des-

(74) Una clara y sucinta exposición de las posturas doctrinales de ambas partes se encontrará en SIMON-BENOIT, *op. cit.*, pp. 106-10; también, más extensamente, en las obras citadas en nn. 72-3.

(75) Véase lo dicho al respecto en n. 56 y téngase presente el artículo de GRYSOY citado allí.

(76) La reflexión es de MATTHEWS, *op. cit.*, p. 445, para quien, en efecto, Amiano presentaría éste y otros sucesos como ejemplos –verdaderamente nada edificantes– de las disensiones internas entre los líderes cristianos. Realmente, Amiano es bastante claro a la hora de expresarlo (cf. XXII.5.4.), y coincide plenamente con el propio emperador Juliano (ver n. 92 *infra*).

(77) Sobre los cambios de credo religioso que sufrieron las principales sedes tardorromanas a lo largo de la controversia arriana, véase en general PIGANIOL, *op. cit.* JONES, *LRE*, pp. 915-20, señala algunos ejemplos específicos de cómo algunas elecciones de obispos dieron lugar a tumultos populares, especialmente en la sede alejandrina, donde las comunidades interesadas defendían a sus obispos de posibles injerencias o usurpaciones de forma verdaderamente apasionada y ya tradicional en la historia de la ciudad. Para obtener una visión de conjunto respecto al tema de las elecciones episcopales, cf. R.GRYSOY, "Les élections ecclésiastiques au IIIe siècle", *RHE* 68, 1973, pp. 353-404; "Les élections épiscopales en Occident au IVe siècle", *RHE* 75, 1980, pp. 257-83; y el ya citado en n. 71 *supra*.

(78) Sobre el influjo arriano en Constantinopla, cf. sobre todo DAGRON, *op. cit.*, pp. 410-53, que también es el que mejor y más documentadamente expone el desarrollo y discusión del conflicto que se suscitó en la capital del Imperio a la muerte del obispo Alejandro.

(79) Cf. *Sóc.*, II.7; *Soz.*, III.4.

(80) Sobre el posible "arrianismo" de Macedonio y el posible apoyo que recibió por parte de los obispos arrianos, véase la aséptica referencia que hiciera *Sóc.*, II.6 (al que sigue *Soz.*, III.3).

de Antioquía al *magister equitum* Hermógenes que arreste a Pablo, lo que produjo una virulenta reacción de los ortodoxos constantinopolitanos, los cuales causaron un violento tumulto en el que fue asesinado el propio Hermógenes, siendo su cadáver arrastrado por toda la ciudad y su mansión incendiada⁽⁸¹⁾. La reacción del emperador fue drástica, pues no solo expulsó a Pablo de la ciudad, sino que a esta misma le redujo a la mitad su parte de la *annona*, no siendo sino hasta el año 359 cuando Constantinopla recuperaría nuevamente el favor imperial y su antiguo *status* político⁽⁸²⁾.

No fueron éstos los únicos problemas que planteó el pueblo a Constancio (o Constancio al pueblo) a causa de sus injerencias partidistas en materia eclesiástica y doctrinal. Durante su estancia en Roma, en el año 357, intervino de forma decisiva en un nuevo conflicto eclesiástico, esta vez referente al trono episcopal romano⁽⁸³⁾. Habiendo quedado vacante éste a la muerte del Papa Julio en Abril del 352, fue elegido Liberio un mes después para ocupar el cargo. Las relaciones del nuevo titular con Constancio no fueron cordiales, al menos en los primeros tiempos del mandato de aquél, no estando además exentas de cierta ambigüedad⁽⁸⁴⁾; así, al principio, se declarará ortodoxo, lo que le valió un destierro a Tracia y el nombramiento de Félix como nuevo Papa; más tarde suavizaría su postura, llegando a suscribir el credo del II Concilio de Sirmio, en el otoño del 357, lo que le valió esta vez obtener la autorización imperial de regresar a Roma⁽⁸⁵⁾. Cuando el prefecto Orfito leyó en el circo, con ocasión de la celebración de unos juegos, las órdenes del emperador que anunciaban el regreso de Liberio y, al mismo tiempo, la permanencia de Félix en su puesto (lo que equivalía a que la Iglesia de Roma fuera comandada por ambos), la multitud manifestó su desaprobación de forma ruidosa y bastante irónica, gritando al unísono "*¡un solo Dios!, ¡un solo Cristo!, ¡un solo obispo!*", para más tarde hacer observar con cierto sarcasmo que el antiguo obispo podría gobernar sobre los "Verdes" y el nuevo sobre los "Azules"⁽⁸⁶⁾. Como se ve, se trató en esta ocasión de una manifestación popular de oposición a la política imperial, pero exenta esta vez, a lo que parece, de violencia⁽⁸⁷⁾.

(81) La descripción del tumulto en Sócr., II.12 y 13; Soz., III.7. Estos sucesos ocurrieron en enero del 342.

(82) Ello fue debido en gran parte a Temistio, rétor y prefecto de Constantinopla.

(83) El asunto está analizado en PIGANIOL, *op. cit.*, pp. 106-15; FRENZ, *op. cit.*, p. 534 y ss., 562; A. CHASTAGNOL, *La Préfecture Urbaine á Rome sous le Bas-Empire*, París, 1960, pp. 81-3.

(84) Con el término "Papa" suele reconocerse la relevancia que tuvo la sede episcopal romana ya en esta época, haciendo buena la afirmación que San Ambrosio le hiciera a Graciano, cuando en una carta le aseguraba que la Iglesia romana estaba a la cabeza de todo el Imperio (cf. Ambr., *Ep.*, 11).

(85) Sobre todos estos acontecimientos, véanse las referencias bibliográficas citadas en n. 83. La actitud ambigua de Liberio es lo que constituye entre los especialistas la llamada "cuestión de Liberio" (cf., p.e., J. ZEILLER, "La question du Pape Libère", *Bull. d'anc. littér. chrét.*, III, 1913; PIGANIOL, *op. cit.*, pp. 114-5; LLORCA, *op. cit.*, pp. 411-13). Al final de su vida, Liberio condenaría no obstante la fórmula que suscribiera en Sirmio.

(86) El suceso está narrado por Teod., II.17.4-6.

(87) Exenta de violencia estuvo también otra manifestación popular habida en Antioquía contra Juliano, como protesta por el traslado de los restos de San Bábilas fuera del recinto de Dafne. La orden imperial había sido consecuencia de que los cristianos fueron los principales sospechosos de haber incendiado un templo pagano que se encontraba cercano al *martyrium* (cf. los hechos y las fuentes de este suceso en I. BENEDETTI, "Giuliano in Antiochia nell'orazione XVIII di Libanio", *Athenaeum* 59, 1981, pp. 166-79; J.M. ALONSO NUÑEZ, "The Emperor Julian's *Misopogon* and the conflict between Christianity and paganism" *Anc Soc* 10, 1979, pp. 311-2; LIEU, *opus cit.*, pp. 41-58; y ahora también GLEASON, "art. cit.", pp.106-19.

Después del mandato de Constancio, y tras el paréntesis del de Juliano, la sede episcopal romana habría de conocer aún nuevas discordias, en las que el poder civil, una vez más, no estuvo ajeno a las mismas. Por ejemplo aquella que protagonizaron Dámaso y Ursino desde el 366 al 372, la cual (esta vez sí) produjo numerosas víctimas y enfrentamientos que parecen haber desbordado a Valentiniano y a sus dos prefectos, Pretextato y Olibrio⁽⁸⁸⁾; o como aquella otra suscitada ya a principios del siglo V entre dos obispos rivales, Bonifacio y Eulalio, disputa durante la cual el orden público en Roma se vio igualmente muy alterado⁽⁸⁹⁾.

Digamos por último que la sede de Alejandría no estuvo exenta de semejantes conflictos antes de los sucesos ocurridos en el año 361, y que precisamente son los que explican los motivos que indujeron a los cristianos ortodoxos de la ciudad a "participar" de alguna forma en la revuelta contra Jorge. El principal protagonista esta vez fue sin duda Atanasio, elegido obispo de la gran metrópoli egipcia en el año 328⁽⁹⁰⁾, cargo que mantendría hasta el 377, bajo el gobierno del emperador Valente⁽⁹¹⁾, si bien estuvo lleno de interrupciones a causa de los destierros y exilios que le originó el hecho de ser siempre el centro de la reacción antiarriana⁽⁹²⁾. De una u otra forma, Atanasio fue siempre para los arrianos uno de los principales enemigos a batir, tanto por la personalidad de este hombre como por el cargo y la sede episcopal que ocupara. Las primeras acusaciones que éstos le lanzaron —y que surtieron efecto— durante el reinado de Constantino fueron de carácter político, tales como las que le culpaban de ser un "personaje turbulento, orgulloso y violento, causante de discordias y divisiones entre la población, capaz, en suma, de amotinar a la multitud cristiana"⁽⁹³⁾; o como aquellas otras, más graves todavía, que le culpaban de impedir que el trigo egipcio llegara a Constantinopla⁽⁹⁴⁾. Esta clase de acusaciones —y no tanto las de tipo dogmático, moral o religioso— fueron quizá las que hicieron mella en el emperador, induciéndole a considerarlas y a castigar finalmente al obispo con el primer destierro, pese al descontento de los alejandrinos⁽⁹⁵⁾.

Hacia el año 337, Atanasio obtiene de Constantino II el permiso para reintegrarse

(88) El emperador habría intentado, a través de sus prefectos, acercar a las partes implicadas para restablecer la concordia entre ellas, además de llamar a los exiliados. El relato del tumulto está en Am. Marc., XX-VII.3.12. Ruf., HE, III.10 y en la *Coll. Avell.*, I. El suceso pone una vez más de manifiesto la debilidad en la que se encontraban los prefectos urbanos de Roma ante situaciones de este tipo, y también el apasionamiento al que podía llegar la multitud ante una elección episcopal (cf. lo dicho en nn. 71 y 77 *supra*). La historia de la sede romana en Ch. PIETRI, *Roma Christiana. Recherches sur l'Eglise de Rome, son organisation, sa politique, son idéologie de Miltiade à Sixte III (311-440)*, 2 vols., Roma, 1976.

(89) Cf. *Coll. Avell.*, 14-37; véase el suceso comentado en JONES, *LRE*, 693 y 918.

(90) El 18 de abril del mismo año moría Alejandro de Alejandría. El diácono Atanasio fue elegido obispo por unanimidad (según las fuentes ortodoxas, en las que se basa LLORCA, *op. cit.*, p. 393 n. 58), o con una fuerte oposición (según las arrianas); GRAYSON, (*élections Orient*, pp. 322 y ss.) no cree que fuera elegido sin dificultades. Sobre Atanasio, véase la bibliografía citada en n. 73 *supra*.

(91) Cf. *Hist. aceph.*, 17 y 19.

(92) De estos continuos destierros que caracterizaron la vida de Atanasio ya se hizo eco el emperador Juliano en su *Ep.* 110, en un tono verdaderamente recriminatorio que también refleja en *Eps.* 111-12, en las que intenta justificar ante los alejandrinos su orden de destierro contra el obispo.

(93) Sobre el particular, cf. principalmente G. FERNANDEZ, "La deposición de Atanasio de Alejandría en el sínodo de Tiro de 335 y las causas de su primer destierro", *Estudios Humanísticos de la Univ. de León* 7, 1985, pp. 65-93.

(94) Sóc., I.35; Soz., II.28. Cf. FERNANDEZ, "art. cit.", pp. 88-91.

(95) Efectivamente, Constantino exilió a Atanasio a Tréveris, pero no dejó que Arrio entrara en Alejandría ante el temor de una posible sublevación de la comunidad ortodoxa alejandrina.

en su sede⁽⁹⁶⁾, pero pronto, en marzo del 339, Atanasio se verá obligado a salir de nuevo de la ciudad ante un nuevo ataque de los arrianos. Estos, haciendo valer lo acordado en el concilio de Tiro respecto a deponer a Atanasio de su sede, culpándole de nuevo de cierto delito de carácter político, y con el respaldo de Constancio que había nombrado prefecto de Egipto a un enemigo personal de Atanasio, consiguieron instalar en Alejandría a Gregorio de Capadocia, no sin antes tener que hacer uso de la fuerza ante la protesta de los cristianos alejandrinos⁽⁹⁷⁾. Es gracias a Constante y al Papa Julio que Atanasio consigue en octubre del 346, después de la muerte de Gregorio, regresar a su sede otra vez, al parecer triunfalmente y con el beneplácito incluso del propio Constancio⁽⁹⁸⁾.

No obstante, habría de ser durante el mandato de éste, ya como único emperador, cuando el arrianismo lograra su pleno apogeo, precisamente por el apoyo constante que recibirá desde el propio poder imperial⁽⁹⁹⁾, e inevitablemente, Atanasio —y la sede de Alejandría— sufrirá una vez más las consecuencias de ello. Efectivamente, el 7 de febrero del 356, y de acuerdo a las medidas adoptadas por Constancio de relevar de sus cargos a los ortodoxos más recalcitrantes —Hilario de Poitiers, Osio de Córdoba, el propio Liberio—, se invitó al obispo a abandonar nuevamente su sede; la negativa de éste provocó una reacción de fuerza por parte del dux de Egipto, el cual tomó militarmente la iglesia donde Atanasio, acompañado —según él mismo— de unos cinco mil fieles, se encontraba celebrando un oficio⁽¹⁰⁰⁾. El prelado, sin embargo, consiguió escapar y huir al exilio, del que ya no regresaría hasta el año 362, fecha en la que el emperador Juliano publicaría su edicto referente al regreso de todos los exiliados⁽¹⁰¹⁾. Como ya dijimos, el 24 de febrero del 357 la sede vacante sería ocupada por Jorge, el "monstruo capadocio" del que hablara Gregorio Nacianzeno, siendo por lo demás conocidas sus vicisitudes en el cargo hasta su trágica muerte.

¿Acaso nos puede sorprender su linchamiento teniendo en cuenta que se produjo en este ambiente, en este contexto de conflictividad religiosa? Pensamos que más bien resultó ser su consecuencia lógica, un episodio más de los muchos que aquél provocó.

(96) La carta en la que el emperador le comunicó su deseo de que regresara a su sede nos la transmite el propio Atanasio (*Apol. de fuga*, 87.4-7, y el episodio lo estudia N. BAYNES, "The Return of Athanasius from his first exile", *Journ. of Egypt. Archaeol.* XI, 1925, pp. 25-60).

(97) La acusación (que transmite Soz., II.17) se centraba esta vez en imputarle la sustracción de cierta cantidad de plata que el Estado tenía destinada a las distribuciones públicas de pan. El prefecto nombrado por Constancio es Filagrío, paisano del obispo intruso Gregorio, el cual se verá obligado a tomar militarmente la sede (véase lo que el propio Atanasio dice acerca de estos hechos en *Hist. arianorum*, VIII.10; en general, sobre estos sucesos, cf. FRIEND, *The Rise*, pp. 528 y ss.; PIGANIOL, *op. cit.*, pp. 90 y s.).

(98) Sóc., II.23; Soz., III.20; y el propio Atanasio, *Apol. de fuga*, 51, nos informan de varias cartas que Constancio envió a Atanasio para expresarle su deseo de que regresara a Alejandría.

(99) Sobre la política religiosa de Constancio y su vertiente proarriana, véase G. BARDY, "La politique de Constance (350-357)", en Fliche-Martin, *Hist. de l'Eglise*, III.138 y ss.; también PIGANIOL, *op. cit.*, cap. IV, y FRIEND, *op. cit.*, pp. 534-43.

(100) Cf. Atan., *Apol. de fuga*, 6-7. Sobre este incidente, véase FRIEND, *op. cit.*, pp. 536 y ss.; también PIGANIOL, *op. cit.*, p. 107, que señala cómo "finalmente une émeute, favorisée par les Chefs militaires, le chassa (a Atanasio). Las fuerzas con las que contara el dux Syriacus debieron ser suficientes, ya que sorprendentemente la toma de la iglesia no provocó sublevación alguna entre los fieles allí reunidos.

(101) Las referencias al decreto pueden encontrarse en Sóc., III.1; Am. Marc., XXII.5.3; también en Teofilacto Búlgaro, *Martyrium XV martyrurum*, 10 (PG 126, 165b). Todos los autores reflejan cómo bajo el reinado de Constancio las disputas doctrinales fueron, en efecto, un grave y constante problema.

Por lo demás, el arrianismo seguiría plenamente vigente hasta el reinado de Teodosio, y Atanasio habría aún de conocer nuevos exilios bajo Juliano y Valente, el último emperador arriano⁽¹⁰²⁾,... pero ésta fue ya otra historia.

En definitiva, en este grave y complicado entramado religioso fue en el que creemos hay que situar las posibles responsabilidades de los cristianos ortodoxos de Alejandría en el asunto de la muerte del obispo Jorge, según las insinuaciones que, según hemos visto, hicieron Amiano, la *Hist. acephala*, Gregorio Nacianzeno y, por supuesto, los arrianos. Desde esta perspectiva, la participación directa o indirecta de los cristianos en la revuelta, se nos aparece como la culminación brutal, explosiva, de un largo conflicto religioso que terminó exasperando a la comunidad cristiana alejandrina, una de las principales implicadas en el mismo.

* * *

Todo lo que hasta aquí hemos comentado podría resumirse diciendo que, ciertamente, fue la política religiosa de los emperadores tardorromanos, y en particular la de Constancio, lo que en definitiva exasperó a toda la población alejandrina, en una fecha concreta y por la suma de una serie de circunstancias, y ello debido tanto a la injerencia de aquéllos en los asuntos eclesiásticos —después de todo, ya Osio aconsejó a Constancio que no se entrometiera en los asuntos de la Iglesia⁽¹⁰³⁾—, como por el talante intolerante de que hicieron gala para con los sentimientos y devociones paganas.

Ambos factores fueron los responsables de que el reconocimiento que obtuvo el cristianismo en el año 313 de *religio licita* se convirtiera, no en motivo de conciliación, no en un factor de paz y estabilidad en la vida urbana del Bajo Imperio, no en solución de problemas, sino más bien todo lo contrario, en motor de odios y venganzas, génesis de interminables conflictos, desórdenes y abusos. Con el afloramiento del cristianismo a la vida pública del Imperio, aparecieron las tensiones, la intolerancia, y el fanatismo, las fricciones entre gentes que debían convivir (o malconvivir) viendo el mundo, la vida, la religión, de muy diferente forma.

La *στάσις* que hemos contemplado aquí duró lo suficiente como para que la ciudad se viera durante muchas horas gravemente alterada. No sabemos en qué parte de la ciudad comenzó, pero sí que durante los desórdenes tres personas fueron linchadas por paganos, los cuales, ante el consentimiento manifiesto de la comunidad cristiana ortodoxa y la previsible impotencia de los arrianos, llevaron hasta el extremo su ira contra el obispo. Las fuerzas encargadas del orden público fallaron estrepitosamente; no hicieron acto de presencia en ningún momento y por razones que ninguna fuente explica, pero que suponemos relacionadas con su extrema debilidad en desórdenes de envergadura; y el ejército sólo se ocupaba de estas cosas si se encontraba cerca, y aún así sólo se enfrentaba al pueblo por orden del propio *dominus*, o cuando éste mismo sufría cier-

(102) Sobre los sucesivos exilios que aún habría de padecer Atanasio durante este último período de su vida, véanse nn. 72-3 *supra*.

(103) Cf. Atan., *Hist. Arian. ad mon.*, 44.

tas afrentas y ataques. Pero en esta ocasión, el tumulto tuvo lugar justo en el momento en que había muerto el viejo emperador y uno nuevo apenas sí había tenido tiempo de investirse la púrpura; cuando lo hizo y se enteró, el suceso no le gustó, pero le convenía a sus intereses pasarlo por alto, tenía otros planes reservados para la población del Imperio.

Todo terminó en las playas de Alejandría con los restos de Jorge, Draconcio y Diodoro reducidos a cenizas y esparcidos en el mar, y desde luego también con la cólera de mucha gente saciada.